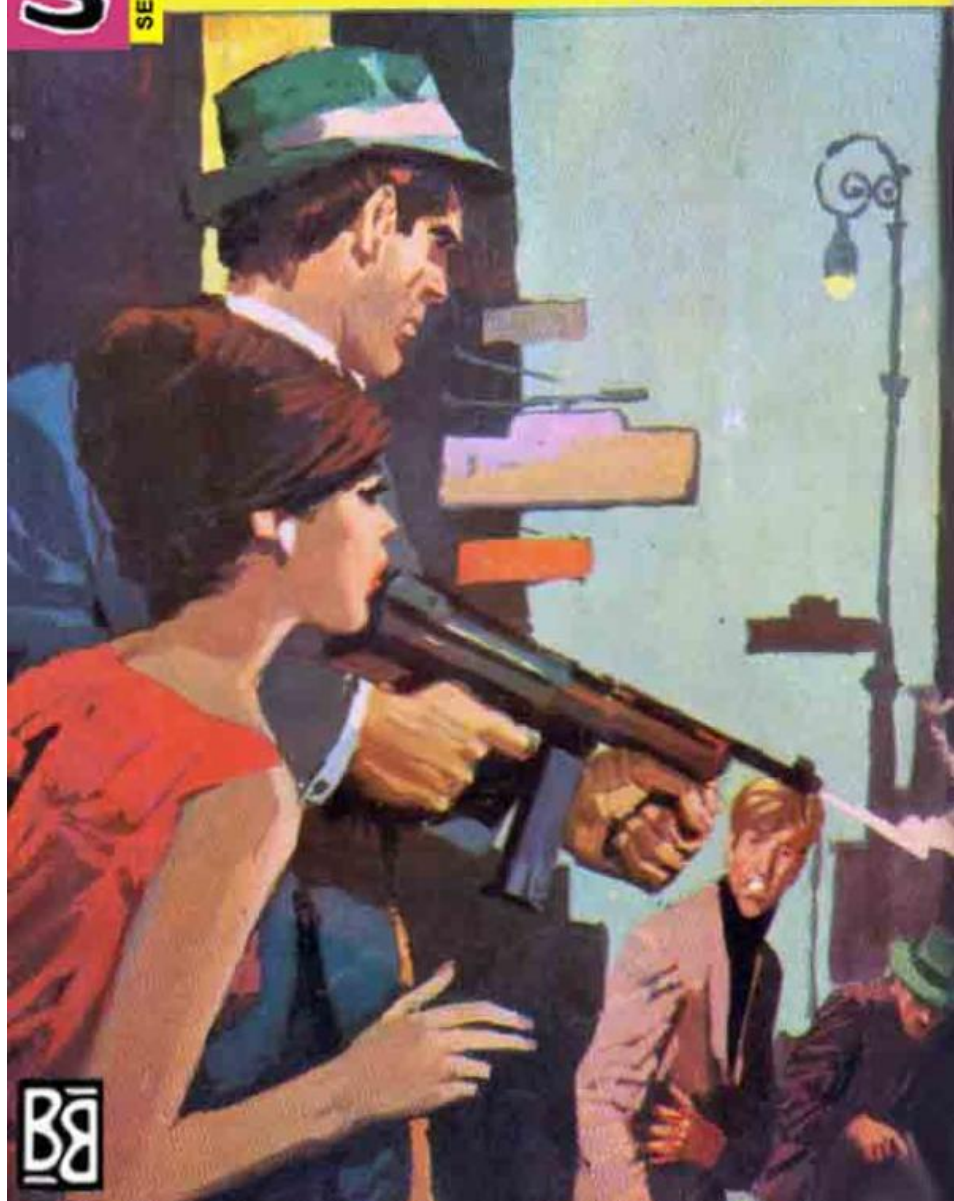


S
S

SERVICIO SECRETO

MASACRE EN FLORIDA

keith luger



B&B

Bruno Shelby vio llegar a la pelirroja en su descapotable.

Durante los cuatro últimos días había tenido la esperanza de que eso volvería a ocurrir.

Y todo sucedió como la primera vez. La pelirroja arrimó el auto al poste y salió por la portezuela.

—¿Quiere llenarme el tanque, Bruno? —le sonrió—. Ya ve que me acuerdo de su nombre.

—Yo también del suyo.

—¿Sí? ¿Cuál es?

—Georgia.



Keith Luger

Masacre en Florida

Bolsilibros - Servicio Secreto - 751

ePub r1.0

Lds 17.03.19

Título original: *Masacre en Florida*

Keith Luger, 1964

Cubierta: Lozano Olivares

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





KEITH LUGER

MASACRE EN FLORIDA



Colección SERVICIO SECRETO Nº. 751
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA
BOGOTA
BUENOS AIRES
CARACAS
MEXICO

CAPÍTULO PRIMERO

Bruno Shelby vio llegar a la pelirroja en su descapotable.

Durante los cuatro últimos días había tenido la esperanza de que eso volvería a ocurrir.

Y todo sucedió como la primera vez. La pelirroja arrimó el auto al poste y salió por la portezuela.

—¿Quiere llenarme el tanque, Bruno? —le sonrió—. Ya ve que me acuerdo de su nombre.

—Yo también del suyo.

—¿Sí? ¿Cuál es?

—Georgia.

—Gracias, eso quiere decir que tiene buena memoria.

—O quizá me impresionó.

—Resulta muy halagador.

La pelirroja sacó un cigarrillo.

—Perdone, señorita —dijo Bruno—, pero no puede fumar aquí.

—Qué tonta soy...

—No tiene importancia —le sonrió Bruno.

Cuando hubo llenado el tanque, ella pagó el importe.

Podía estar por los veintidós o veintitrés años de edad y era esbelta, de cuerpo muy bien conjuntado, senos altos, cintura estrecha, caderas anchas y largas piernas. Se cubría con un vestido estampado, de escote redondo, que dejaba sus brazos al descubierto. Su piel era dorada.

Ocupó otra vez el asiento al volante.

—¿Puedo encender el cigarrillo, Bruno?

—Sí, ahora sí.

—¿Me da lumbre?

Bruno se acercó para darle la caja de fósforos.

Temía que ella se fuese como la primera vez, sin decirle nada. El primer día sólo le había preguntado su nombre. Ahora hablaban un poco más. Bruno únicamente llevaba allí trabajando tres semanas. Se dirigía a California en su auto, comprado de segunda mano, pero el auto no quiso correr más y se detuvo cerca de la estación de servicio de Mich

O'Rourke.

Fue a la estación en busca de auxilio y, hablando con O'Rourke,

éste le ofreció un puesto en la estación.

Bruno aceptó al pensar que, con su auto, no llegaría nunca a California porque Los Ángeles quedaba todavía muy lejos. Se encontraba sin fondos y calculó que, si estaba un par de meses en la estación de servicio, podría ahorrar lo suficiente para comprar otro de segunda mano, aunque también pensó que debía tener más suerte que con el que le había jugado la mala pasada.

Todo había transcurrido normalmente durante las primeras semanas, hasta que llegó la pelirroja.

El no había visto una como ella en mucho tiempo. Bueno, a decir verdad, sólo las había visto en *Playboy*, aquella revista donde había toda clase de mujeres, morenas, rubias y pelirrojas, con sus físicos al aire, ofreciendo al lector la oportunidad de sueños que nunca podrían ser realidad.

—Encienda usted, ¿quiere? —dijo Georgia.

Bruno sacó el fósforo y frotó la cabeza contra el papel de lija. Tuvo que ahuecar la mano para que la llama no se apagase.

Georgia le tomó la muñeca mientras encendía.

Bruno sintió la presión de su mano, la tibieza de su piel.

Georgia, después de arrojar un chorrito de humo por la boca, dijo:

—Bruno, esta tarde iré a la ciudad.

Bruno sintió que el corazón le daba un vuelco.

—Iré sola —dijo—. Y me temo que me aburriré. Estaba pensando en que quizá usted tendría su tarde libre, y en que no estaría comprometido con ninguna chica.

No era su tarde libre y, en cuanto a las chicas, había salido con un par desde que estaba allí.

—Quizá lo pueda arreglar —dijo Bruno.

—Lo celebraré mucho. ¿Le parece a las cinco, en el bar de Joe Pitt?

—De acuerdo.

—¿Sabe dónde está el bar?

—Sí, he ido un par de veces por allí.

—Hasta luego.

La pelirroja puso el auto en marcha y se fue por el mismo camino que había venido.

Bruno no podía creer en su suerte. Iba a estar con ella a solas. Pasaría la tarde con Georgia.

Sintió la garganta reseca.

—Sería mejor que la dejases en paz —oyó la voz de Mich O'Rourke.

Bruno se volvió y vio a Mich, con su piel reseca, los ojos entornados.

—¿Qué dice, señor

O'Rourke?

—Te vi desde la oficina hablando con ella.

—¿Y qué?

—Me parece la clase de mujer que trae complicaciones a un hombre.

—¿La conoce?

—No.

—No está casada.

—¿Cómo lo sabes, Bruno?

—No le vi la alianza.

—Pudo quitársela.

—¿Para qué?

Mich dio una cabezada.

—Oye, Bruno, tú solo tienes veintisiete años. Yo cumplí ya los cincuenta y cinco... Sé lo que una mujer busca en un hombre.

—Oh, sí, me pedirá que le compre un abrigo de visón.

—No, tú no le puedes dar eso, pero tienes otra cosa que ella quiere. Eres alto, fuerte, y puedes gustar mucho a cierta clase de mujeres, justamente a la que pertenece la pelirroja.

—¿Cuánto tendré que pagarle al mes por ser mi consejero sentimental, señor O'Rourke?

—Está bien, muchacho, si te vas a enfadar, lo dejaremos.

O'Rourke

fue a dar media vuelta para regresar a la oficina.

—Espere, señor

O'Rourke.

—¿Qué pasa ahora?

—Querría tener mi tarde libre.

—Vaya, parece que adelantaste más de lo que yo creía.

—No más discursos, por favor, señor

O'Rourke.

Sí, o no.

—Éste es un negocio que hay que atender.

—Los clientes no se quedarán sin servicio. Puedo hablar con Lemmy y estoy seguro de que no pondrá obstáculos a quedarse en mi lugar. Yo lo sustituiré cuando él quiera.

—Si digo que no, vas a creer que quiero seguir siendo eso que dijiste, tu consejero sentimental.

—Sí.

—Está bien, puedes irte con la pelirroja, pero sólo por esta vez. No admito los cambios de personal en mi negocio. Yo soy el que establece los turnos y han de hacerse las cosas como a mí me gusta.

—Sí, señor

O'Rourke.

Mich dio media vuelta y se marchó hacia la oficina rezongando por lo bajo.

* * *

Estaba sentado en un taburete cuando la vio llegar, y salió a su encuentro.

Georgia vestía jersey negro y falda verde. Estaba más hermosa que las dos veces anteriores que la había visto.

—Hola, ¿esperas desde hace mucho?

—Unos minutos.

Eran las cinco y diez y él había llegado poco antes de las cinco.

—¿Dónde quieres ir, Georgia? —La tuteó también.

Georgia dirigió una mirada al local. Había mucha gente.

—A un lugar un poco más íntimo. ¿Conoces alguno?

—Sí, desde luego.

—Traje mi auto, ¿quieres conducir, Bruno?

Bruno la llevó al restaurante de Marino Visi, un italiano. Las mesas tenían manteles a cuadros y se comía a la luz de velas puestas sobre el cuello de una botella, y había un tipo con un violín que tocaba música lánguida.

—No has podido elegir mejor. Bruno. Me gusta mucho.

—¿También la cocina italiana?

—Me encanta.

Encargaron el menú y luego encendieron cigarrillos.

—¿De dónde eres, Bruno?

—De Nueva York.

—Estás muy lejos de tu ciudad.

Le contó lo que le había pasado y su propósito de continuar el viaje a California en cuanto hubiese reunido dinero.

—¿Tienes familia, Bruno?

—Sólo una hermana. Está casada. Estamos muy separados. Ella vive en Montreal.

—¿Nadie más?

—Nadie.

—Imagino que habrá una chica que suspira por ti y con la que te sigues escribiendo.

—No —contestó Bruno—. Tuve una novia pero ella decidió que le convenía más casarse con un tipo que tuviese los pies más cerca de la tierra.

—No me digas que eres un soñador.

—No, pero nunca me he encontrado a gusto en donde he estado. Me cansé de ser oficinista, agente de seguros, vendedor a domicilio de aparatos electrodomésticos...

—Ya entiendo; seguro que tienes un amigo en California y te dijo que aquello era el paraíso.

—No, no tengo ningún amigo allí. Lo decidí por mí mismo.

—¿Cuándo piensas marcharte de la estación de servicio?

—Quizá dentro de un mes.

—Lo sentiré mucho.

—Georgia, te he contado mi parte, ¿cuál es la tuya?

—Prefiero callar.

—Una mujer misteriosa, ¿eh?

Georgia puso su mano sobre la de Bruno y, esta vez, el joven sintió un escalofrío por la espina dorsal.

—Creo que me odiarías si lo supieses, Bruno.

—No, creo que no.

—¿Estás seguro?

—Absolutamente. Anda, dime qué es lo tuyo.

—Vivo con un hombre.

Bruno había estado preparado para eso. ¿No era lógico que una mujer hermosa como ella tuviese su hombre?

—¿Tu marido?

—No.

—Entiendo.

—No, no puedes entenderlo. Es un hombre cruel, despiadado...

—¿Por qué vives con él entonces?

—Me está haciendo chantaje.

—¿De qué medio se vale?

—Yo era su empleada, quité dinero de su caja, me sorprendió y me hizo confesar por escrito lo que había hecho. ¿Lo comprendes? Me tiene en sus manos.

—¿Dónde ocurrió eso?

—En Nueva Orleáns.

—¿Qué más? Continúa —la voz de Bruno era seca, imperiosa.

—Dijo que yo debía acompañarle en un viaje, estar quince días con él. Al final de estas dos semanas, me devolvería la libertad y mi confesión.

—Pero él no ha cumplido su palabra.

—No, Bruno, no la ha cumplido... Alquiló una casa, en Centerville, a unas seis millas de la estación de servicio, y ya han pasado veinte días...

—¿Qué excusa da?

—Dijo que ha de resignarse a perderme, que tiene que acostumbrarse poco a poco, que espere unos días.

—El muy puerco.

—No siempre está conmigo. A veces pasan tres o cuatro días entre su ida y su regreso y entonces estoy sola.

—¿Dónde guarda tu confesión?

—Los primeros quince días la tuvo en Nueva Orleáns, pero dijo que la traería.

—¿La traje?

—Sí, me la enseñó; eso fue hace cuatro días, pero se marchó y la llevó consigo.

—¿Cuándo vuelve?

—Esta noche... Su avión llega a las ocho.

—Tú piensas que traerá la confesión.

—Sí, me prometió devolvérmela, pero yo sé que no lo hará... Sólo lo hará cuando esté harto de mí... Pero yo no puedo soportarlo más... Te juro que no.

Callaron cuando el mozo se acercó con los platos. Al quedar solos, Bruno dijo:

—Fue por lo que te fijaste en mí, ¿eh, Georgia? Al verme, te dijiste que yo era el tipo que te podría ayudar a recuperar tu confesión, a libertarte de ese hombre...

—Si lo negase, sería una embustera. Pero tengo derecho a decirte que hubo algo más. Me gustaste, Bruno... Tú eres distinto a él.

—No continúes, Georgia... Anda, come.

Comieron en silencio.

Luego bebieron café y encendieron cigarrillos.

Bruno observó en el bello rostro femenino que ella estaba esperando su decisión.

—Te voy a ayudar, Georgia.

—Gracias. Te compensaré.

—¿De qué forma?

—Iré contigo a California; tengo dinero ahorrado...

—No quiero que me lo pagues.

—No será un pago, Bruno... Sólo quiero librarte de esa estación de servicio. Con mi dinero no tendrás necesidad de esperar otro mes, o más tiempo, para reunir el dinero que necesitas para comprar un auto de segunda mano. Viajaremos en el mío.

—Es posible que acepte, pero hablemos de lo más inmediato, de cómo recuperar esa confesión.

—No será fácil.

—¿Por qué no?

—La otra vez guardó el papel en la caja fuerte y supongo que lo hará también hoy. Naturalmente, no conozco la combinación.

—Ya entiendo, hay que sacársela a la fuerza.

—Sí.

—¿Cómo es él?

—Cincuenta años, un poco más bajo que tú, barrigudo. Creo que lo podrás reducir con unos cuantos puñetazos... Te dirá en seguida la combinación.

—¿A qué hora quieres que vaya?

—A las diez y media.

—¿Cómo voy a entrar en la casa?

Georgia abrió su bolso y le dio una llave y su dirección.

La pelirroja dedicó los siguientes minutos a explicarle cómo era la casa y la ubicación de las habitaciones.

Ella consultó su reloj.

—Será mejor que regrese. Te dejaré en la estación de servicio.

—No, Georgia, es mejor que vayas sola, yo tomaré el autobús.

—Sí, tienes razón.

Georgia se puso en pie y apretó la mano de él.

—Esta noche estaremos viajando hacia Los Ángeles.

—Sí, Georgia.

—¿No flaquearás?

—Descuida. Lo llevaré hasta el fin y esto ya empezó.

—Bruno, quisiera marcharme de aquí directamente a Los Ángeles. Quiero decir que no me gustaría entretenerme en la estación de servicio o en cualquier otra parte.

—No te preocupes por la estación de servicio. Me despediré de mi patrón antes de ir a la casa.

—Eres maravilloso... Hasta luego.

La pelirroja salió del local.

Bruno quedó sumido en profundas reflexiones. Nunca habría podido imaginar que su cita con Georgia acabase así... Ella estaba en manos de un tipo miserable. Mientras Georgia hablaba, la cólera había hecho bombear a su corazón sangre caliente. Si en aquellos momentos hubiese tenido entre sus manos a aquel tipo, le habría quebrado el cuello. Eso le hizo recordar que todavía no sabía su nombre... Bueno, ¿qué importaba el nombre? Sólo contaba para él que se trataba de un hijo de perra.

Poco después salía del restaurante y tomaba el autobús, que lo dejó en la estación de servicio.

Vio a

O'Rourke
en la oficina escribiendo en un libro.

—Hola, patrón.

—Ah, ¿eres tú? No te esperaba hasta más tarde.

—Vengo a despedirme.

—¿Quieres decir que te marchas de la estación?

—Sí.

—No estás contento, ¿eh? Bueno, quizá no estés satisfecho de mí...

—No es eso.

—Estás resentido por lo que te dije acerca de la pelirroja. Ahora ella y tú habéis ligado y no me puedes perdonar que tratase de apartarte de ella.

—No siga, Mich, no es nada de eso, se lo aseguro... Llegó el momento de irme a California.

—Dijiste que no te largarías hasta tener dinero.

—Ya lo tengo.

Mich lo miró a los ojos.

—Comprendo... Es ella.

—Déjese de hacer averiguaciones, señor

O'Rourke,
y págume el dinero que me debe.

—Sí, Bruno, te pagaré en seguida, no te preocupes. Pero ¿sabes una cosa? Aunque te moleste oírlo te lo repetiré... Esa pelirroja no te puede traer nada bueno... Sí, Bruno, cuanto más lo pienso, más seguro estoy de que esa mujer te traerá complicaciones.

CAPÍTULO II

La casa, rodeada por un jardín, estaba a oscuras.

Bruno llevaba diez minutos situado bajo un árbol. Había pasado de largo en un principio, hasta llegar a la esquina, y luego regresó. La calle se hallaba desierta.

Dejó caer la punta del cigarrillo en el suelo y la aplastó con el tacón del zapato. Consultó el reloj. Las diez y media.

La verja obedeció a su impulso porque estaba abierta.

Echó a andar por el camino de cemento, que lo llevó al porche. Se deslizaba como un gato, sin hacer el menor ruido.

Con la mayor tranquilidad, como si aquella casa fuese la suya, sacó la llave, la introdujo en la cerradura, le dio la vuelta y abrió.

Pasó al interior, que estaba a oscuras.

De pronto, sintió un golpe en la cabeza.

Se dobló lanzando un gemido, pero sólo quedó aturdido y se levantó, lanzando el puño hacia la persona que se encontraba a su espalda.

Sonó un chasquido y luego un estrépito.

Pero otra vez le golpearon por la espalda.

Aquello lo dejó asombrado. No tenía que verse con un enemigo, sino con dos.

Vio unos ojos en la oscuridad, muy cerca de él, y oyó una respiración jadeante.

Se echó contra la pared y eso fue bueno para él porque el objeto que manejaba aquel hombre lo golpeó en el hombro.

Trató de retirarse hacia la puerta. No podía seguir luchando. Ondas de dolor le laceraban el cerebro.

Pero aquel hombre demostró ser muy rápido. Le cubrió la retirada.

—Cáete al suelo ya —le oyó decir.

Bruno creyó estar viviendo una pesadilla. Había ido allí para apartar a Georgia de un malvado y ahora resultaba que dos hombres lo estaban esperando.

Pero no tenía tiempo para pensar cuál era el significado de todo aquello.

El segundo hombre ya se hallaba encima de él y el primero, al que había golpeado, se estaba levantando.

Tiró el puño a los ojos del tipo, pero casi en el mismo instante, una cachiporra, que era lo que manejaba su enemigo, le golpeó en el pecho.

—Cuidado, Henrich —dijo el hombre que ya se había levantado—. En la cara no.

Bruno atrapó el estómago que tenía a su alcance y lo retorció con todas sus fuerzas.

Su víctima lanzó un largo aullido y se echó sobre él pegándole un rodillazo en el bajo vientre.

Bruno sintió unos terribles deseos de vomitar.

Entonces oyó los pesados pasos del otro y se dejó caer en el suelo para retirarse a gatas.

Pero el segundo hombre acompañó sus movimientos y le golpeó con el filo de la mano en el cuello.

Bruno se derrumbó en la alfombra y ya no se movió.

—Eh, Henrich. ¿No lo habrás matado?

—Creo que no, Bill.

—Compruébalo. Si lo matamos, no cobraremos un centavo.

—Este bastardo tiene buenos puños... Me retorció el estómago... Maldita sea, creí que me iba a sacar por ahí la comida...

Bill se agachó sobre Bruno y lo examinó.

—El corazón le funciona perfectamente, un poco rápido, pero lo importante es que está vivo.

—Mírale la cara con la linterna... No podemos entregarlo con desperfectos.

—Nos pusieron demasiadas condiciones. Recuérdalo, no volveremos a aceptar un trabajo de esta clase.

—Te digo que le mires la cara.

Bill envió un haz de luz sobre la cara de Bruno.

—Ni un rasguño.

—Tiene sangre en el cuello.

—El cuello no es la cara.

—Está bien, será mejor que nos larguemos. Ya sabes, lo sacaremos como si estuviese borracho.

—No te preocupes, no habrá nadie fuera.

—Tomaremos precauciones. Trae el auto y luego me ayudarás a llevarlo.

No tuvieron dificultad en trasladar a Bruno al auto.

Bill condujo y Henrich viajó con Bruno en el asiento trasero.

Sólo hicieron un recorrido de seis millas.

Entraron por el portón de un jardín, que estaba abierto, el cual fue cerrado inmediatamente por un hombre.

El coche se deslizó por un camino de grava hasta una casa de estilo sureño.

En el porche esperaban dos hombres inmóviles.

Cuando el auto se detuvo, bajaron la escalera y ayudaron a Henrich a sacar al desvanecido Bruno, el cual empezaba a volver ya en sí.

Uno de los hombres que habían bajado de la escalera dijo:

—El acuerdo consistía en que lo traerían sin sentido.

—Lo está, señor Bakewell.

—Ya se está recuperando. Vamos, dense prisa.

Entraron a Bruno en la casa y lo llevaron a una biblioteca.

Bruno empezó a murmurar palabras ininteligibles.

El llamado Bakewell entró en una habitación cercana y regresó con una aguja hipodérmica que ya estaba cargada.

—Rápido, quítenle la chaqueta y súbanle la manga. He de drogarlo para que no se dé cuenta de nada.

—Eh, ¿qué hacen ustedes? —dijo Bruno con los ojos semicerrados.

Le habían quitado la chaqueta y Henrich le arremangaba la manga.

Bakewell clavó la aguja en la carne de Bruno.

Bruno abrió los ojos.

—Malditos, ¿qué están haciendo?

Vio delante de sí la cara del hombre que lo estaba inyectando; ojos verdes, nariz aguileña, bigote rubio.

—¿Qué significa esto, bastardos? ¡Suéltlenme!

Bakewell retiró la aguja del brazo, pero no utilizó ningún algodón impregnado en alcohol.

—¡Malditos! —dijo Bruno, e hizo un esfuerzo para librarse de los hombres que lo mantenían sujeto sobre el diván.

Poco a poco sus forcejeos fueron perdiendo energía.

—Se está durmiendo —dijo Bakewell—. Sólo es cuestión en unos segundos...

Bruno vio ante sí nubes que lo envolvían.

Dejó escapar el aire por entre los dientes y dobló la cabeza.

Bakewell dio un suspiro.

—Ya no es necesario que lo sujeten.

Henrich, Bill y el otro hombre se apartaron del diván.

Bakewell sacó un fajo de billetes. Henrich y Bill cambiaron una mirada entre sí y sonrieron.

—Ahí tienen los quinientos dólares acordados.

—Sí, señor Bakewell.

—Y olvídense de todo esto.

—No se preocupe, Bill y yo tenemos mala memoria para nuestro trabajo. Pregúntenos lo que hicimos en Cleveland el mes pasado y le contestaremos: «Nosotros no estuvimos en Cleveland desde hace tres años...».

—Pueden marcharse.

—Gracias por todo, señor Bakewell. Fue muy amable... Si nos necesita alguna vez...

—Espero no necesitarlos.

—Sólo lo decía por si acaso...

—Gracias de todas formas.

Henrich hizo una señal a Bill y los dos salieron de la habitación.

Cuando la puerta se hubo cerrado, Bakewell se dirigió al otro hombre que, pellizcándose el mentón, observaba atentamente a Bruno.

—¿Qué opinas ahora, Francis?

—Quizá resulte, pero no apostaré nada hasta que se haya terminado el trabajo.

Se abrió una puerta del fondo y entró una pelirroja, seguida de un hombre que se cubría los ojos con gafas oscuras, y otro hombre, de facciones alargadas, que tenía un maletín en la diestra.

Los tres se acercaron al diván.

—General —dijo Bakewell—. Vea su doble.

El hombre de las gafas oscuras miró a Bruno.

—Dijiste que éramos iguales, pero sólo tiene un ligero parecido.

—Es el mejor que pude encontrar —habló la pelirroja—. Pobrecito Bruno, su Georgia lo engañó.

—¿Fue ése el nombre que le diste? ¿Georgia?

—Sí. Es el segundo. ¿Sabes que tengo tres? Marjorie, Georgia y Ann.

—Prefiero el de Marjorie —repuso el hombre de las gafas oscuras, y se dirigió al del maletín, que estaba observando la cara de Bruno con ayuda de una lupa—. ¿Cuál es su conclusión, doctor?

—Creo que la señorita acertó.

—¿Lo oyes, general?

—Calla, Marjorie, deja que hable el doctor Gleason.

—Sólo tendré que rebajar un poco el hueso de la nariz.

—Rebájelo cuanto sea necesario.

—Las cejas de este hombre son más espesas que las tuyas, general.

—Hágale una buena depilación.

—Sí, creo que quedará bien, pero necesitaré quince días.

—No puede demorarse quince días.

—Si no me concede dos semanas, no respondo del resultado de la operación.

—Doctor, le voy a pagar veinticinco mil dólares... Creo que es una buena fortuna y me permite exigirle.

—Cuando me comprometo a realizar un trabajo, quiero gozar de absoluta libertad para llevarlo a cabo con éxito.

—El tiempo está en contra nuestra. Si usted invirtiese quince días en hacer la operación, quizá ya no serviría para nada. Trate de adelantar ese plazo, doctor.

—Lo intentaré, pero no le aseguro nada.

—¿Lo tiene todo dispuesto?

—Pregunte al señor Bakewell. Fue él quien se encargó de preparar cuanto necesitaba, según la relación que le hice.

Bakewell sacudió la cabeza en sentido afirmativo.

—Doctor Gleason, no he olvidado nada, tiene todo lo que necesita.

—Está bien —dijo el doctor—. Lo comprobaré yo mismo. Lleven

al paciente a la mesa de operaciones.

Gleason apretó un timbre y poco después llegaron dos enfermeros empujando una camilla rodante. Pusieron a Bruno sobre ésta y lo sacaron de la habitación.

—Buena suerte, doctor —dijo el general.

Marjorie Georgia Ann se acercó al general y le pasó los brazos por el cuello.

—¿Estás satisfecho de mí?

—Sí, mucho, pero todavía no me has dicho cómo lograste llevarlo a aquel *bungalow*.

—¿Cómo crees tú, general?

—Lo conquistaste y le prometiste mucho.

—Eso se le habría ocurrido a cualquier mujer... Yo inventé una bonita historia. Estaba en poder de un hombre que me hacía chantaje porque me había sorprendido robando su caja...

El general se echó a reír.

—Te gusta mucho el folletín. Debí suponer que inventarías cualquier historia.

—¿No le vas a dar un premio a tu gatita por lo bien que ha sabido menear la cola delante de Bruno?

—Sí, cuenta con un «Cadillac».

—Querido —dijo ella—. Eres el más generoso de los hombres...

Lo besó en la boca y el general la apretó contra sí.

Cuando se separaron, ella dijo:

—General, ¿por qué no nos vamos ya a Honolulu?

—Tenemos que esperar a que todo termine.

—Pero ¿por qué esperar si todo está claro? Bakewell y los demás saben lo que tienen que hacer. Cuando ese Bruno sea exactamente como tú, lo llevarán a Miami... Apuesto a que en menos de una hora le llenan el cuerpo de plomo. Y al día siguiente los periódicos publicarán con grandes titulares: «El general Fernando Romero, el ex dictador sudamericano, asesinado en el exilio por unos patriotas».

El general se echó a reír.

—Sí, será un hermoso titular. Recuérdate que compre los diarios más importante para conservarlos. Seré el primer hombre que lea su propia muerte y que vea su cuerpo acribillado a balazos...

CAPÍTULO III

—Hoy es el gran día, general —dijo Bakewell.

—¿Ha llegado ya el doctor? —preguntó el general Fernando Homero mientras se peinaba ante el espejo.

—Sí, y fue a la habitación de su paciente. Ha dicho que lo espera allí.

La pelirroja Georgia se dejó ver en la puerta del cuarto de baño. Apoyóse en el marco mientras se limaba las uñas.

—No quiero perderme el acontecimiento, Fernando —dijo.

—Date prisa, nena, no podemos esperar. Estoy impaciente por ver a mi doble.

—Sólo tengo que vestirme.

—Es lo que decís todas las mujeres una hora antes de que estéis listas.

—Dile a Bakewell que salga, ¿o quieres que me vista delante de él? Estoy segura de que a Bakewell se le pondrían las mejillas coloradas con mil sesiones de *streak-tease*.

Bakewell no necesitó la sesión para que se le enrojecieran las mejillas. Tosió suavemente y salió del dormitorio.

—Querida —dijo el general—. No me gusta que coquetees con mis hombres. Eso relaja su disciplina.

—Sólo quise embromar a Bakewell... Es un chico tan tímido...

Minutos más tarde, el general y Georgia entraban en la habitación donde se encontraba Bruno Shelby.

El paciente estaba tendido en la cama, inmóvil, la cabeza envuelta en vendas.

El doctor Gleason le estaba inyectando en el brazo.

—Buenos días, doctor —dijo el general.

—No me gusta esto.

—¿Qué es lo que no le gusta? Todavía no le quitó las vendas.

—Sólo han pasado doce días.

—Usted me dijo anteayer que bastarían esos doce días.

—Sí, pero podría equivocarme.

—No puede equivocarse, doctor.

—Me pidió demasiado, general. Usted sabe cuál es mi especialidad, la cirugía plástica... Admito que estoy al corriente de ciertas drogas para producir la amnesia, pero jamás antes de ahora lo experimenté con un paciente.

—Siempre es bueno aprender nuevas técnicas, doctor, de modo que debe darme las gracias a mí.

—No estoy muy seguro de que el paciente pueda resistir el tratamiento completo.

—¿Qué quiere decir?

—Hace un momento el corazón del enfermo latía débilmente. Y estoy seguro que se debe al tratamiento de la droga para suprimirle la memoria. Con esta inyección espero conseguir que su corazón recupere el ritmo normal.

—Recuerde, doctor. Su paciente no puede morir.

—Declino toda responsabilidad si eso llegase a producirse.

—Doctor, no me gusta su forma de hablar. Desde el principio acordamos que usted cambiaría la cara de este hombre para hacerla exactamente igual a la mía y que también le produciría la amnesia. Las dos operaciones se complementan, ya que sin cualquiera de ellas, nuestro experimento está condenado al fracaso.

—Hay una cosa que no comprendo, general. Si este hombre va a morir, ¿por qué necesita ser un amnésico?

—Quiero que sean esos imbéciles patriotas los que lo maten. De esa forma tendrán la absoluta certeza de que han quitado del medio al general Fernando Romero. Por tanto, es normal que mi doble viva algunas horas. Si recordase quién es realmente, podría escapar, pero sin saber quién es, no tiene la menor probabilidad. Ya puede estar seguro de que en Miami, los exiliados de mi país organizarán grandes fiestas para celebrar mi muerte. Hasta es posible que, si la policía no interviene rápidamente, mi cuerpo, quiero decir el de mi doble, sea arrastrado por las calles y finalmente colgado de una farola.

—¿Lo van a dejar en la calle?

—En absoluto. He alquilado una villa a nombre de Fernando Romero, y nuestro huésped —señaló al paciente— la ocupará con la dignidad que le corresponde. Es el ex jefe de un Gobierno, el ex presidente de una República, un hombre al que los patriotas acusan de haberse llevado veinticinco millones de dólares... Tendrá criados serviciales y hermosas muchachas para llevarle el desayuno a la cama, aunque tengo la impresión de que nuestro hombre va a desayunar muy pocas veces.

—¿Puedo proceder ya a retirar las vendas, general?

—Sí.

—¿Está seguro de que no quiere esperar tres días más?

—No, doctor. Mis rivales están esperándome en Miami. Ya los defraudé demasiado. Quiero llegar allí cuanto antes.

—Está bien, general. Por favor, enfermera, oscurezca la habitación.

El doctor procedió a quitar las vendas del paciente.

Fue un trabajo laborioso.

La enfermera iba recogiendo en una bandeja dichas vendas.

El general, Georgia y Bakewell estaban silenciosos en la oscuridad.

—Terminado —dijo el doctor—. Empuje la lámpara de pie, enfermera.

Se encendió una luz débil, roja, que se proyectó por encima de la cabeza del paciente.

—Cielos —exclamó Marjorie—. Eres tú mismo, general.

El general Fernando Romero se inclinó sobre Bruno.

—Hay unas cicatrices.

—No son cicatrices, general —contestó el doctor—. Esas pequeñas marcas desaparecerán en un plazo breve. No las tendrá cuando llegue a Miami.

—¿Quiere decir que su cara será igual a la mía?

—Sí, general. Desconfiaba del resultado pero puedo decirle que ha salido perfecto.

—¿Cuándo va a volver en sí?

—Ya lo está.

—¿Quiere decir que es un hombre normal, doctor?

—Sí.

—¿Por qué no habla? ¿Por qué no protesta? ¿Por que no abre los

ojos entonces?

—General, está bajo la influencia de la droga. Es un ser que nace por primera vez a la vida...

—En ese caso va a olvidar su idioma, todo...

—No sabrá expresarse bien en cuestión de horas. Lo único que no recordará es su nombre, su historia, en fin, todo lo que se refiere a su personalidad anterior.

—Entonces, ¿podemos decir que Bruno Shelby ha muerto?

—Sí, general. Bruno Shelby ha muerto.

—Es curioso... Este hombre va a morir dos veces, porque muy pronto lo matarán de verdad.

—Debo hacerle una advertencia, general.

—¿Sí?

—Usted dice que lo matarán en seguida, pero, si no fuese así, existiría un grave peligro de que este hombre recuperase la memoria.

—Explique eso.

—Se le ha producido una amnesia, pero está limitada por el tiempo. Quiero decirle que, transcurridos unos días, si este hombre viviese, volvería a acordarse de quién es.

—¿Cuántos días?

—Depende de la fortaleza del paciente.

—Haga un cálculo con respecto a Bruno Shelby.

El doctor permaneció pensativo unos instantes y al fin dijo:

—Creo que necesitará de seis a siete días para que él sepa quién fue realmente antes de que fuese cambiada su cara.

El general se echó a reír.

—No se preocupe, doctor. Probablemente Bruno morirá el mismo día que llegue a Miami... Es decir, mañana.

CAPÍTULO IV

Bruno Shelby viajaba en el auto entre Artie Bakewell y Francis Leigh.

Conducía un alemán que respondía al nombre de Otto, de cuello de toro, cabello rubio, cortado casi al rape.

La aguja del velocímetro marcaba por encima de cien.

—Eh, Otto —dijo Bakewell—. ¿Por qué corres tanto?

—No me gustan las zonas pantanosas y quiero pasar ésta cuanto antes.

—Hay mucho pantano por delante hasta que lleguemos a Miami —opuso Bakewell.

—La carretera es buena.

—Pero de vez en cuando hay zonas inundadas. El agua del pantano penetra en la carretera cuando las charcas crecen.

—Pondré cuidado cuando lleguemos a esos trozos.

—No basta con eso. A veces la carretera enfangada aparece a la salida de una curva.

—Eh, Bakewell, el general me contrató como conductor. Soy un profesional, ¿sabes? He tomado parte en muchas carreras y no hace falta que un aficionado me diga cómo debo llevar mi auto.

—No quisiera que me comiesen los caimanes; hay muchos por aquí...

Otto soltó una risita.

—Ya los vi, y son muy pequeños. Siento deseos de detener el coche y atrapar uno para regalarle un bolso a mi novia.

—Está prohibido cazar los caimanes. El Estado de Florida los protege.

—Oh, sí, el Estado protege a los animales. Es lo que ocurre. Pero no protege a los hombres. —Otto miró por el espejo retrovisor a

Bruno Shelby—. Fíjate en ése.

—Cierra el pico, Otto.

Bruno Shelby alzó los ojos. Desde que el doctor le quitó las vendas e inició aquel viaje se había sumido en un profundo silencio, que sólo había roto de vez en cuando con monosílabos y gruñidos. Miró a la cara de Bakewell.

—¿Quién es usted?

—Vaya —dijo Otto—. Por fin rompe a hablar.

—¿Se encuentra bien, general? —preguntó Bakewell.

—¿General? —repuso Bruno Shelby.

—¿Es que va a decir que no se acuerda de quién es, general Romero?

—No, no recuerdo nada.

—Es comprensible, general. Sufrió un accidente, se golpeo en la cabeza. Estuvo una semana y media en un hospital pero ahora se encuentra mucho mejor.

—¿Quién soy?

—El general Fernando Romero.

Bruno se llevó la mano a la cara.

—Es extraño...

—¿El qué es extraño, general?

—Mi cara. Tengo la impresión de que hay en ella trozos de corcho...

—Bueno, general, también existe una explicación para eso... Se hizo daño en la cara y le tuvieron que vendar. Pero estuvo en manos de un buen doctor que le hizo un estupendo tratamiento.

—Quisiera verme la cara —dijo Bruno.

—Francis, ¿tienes ahí un espejo?

—Sí. —Francis sacó un espejo del bolsillo de la chaqueta y se lo dio a Bruno.

Éste se miró con cierta perplejidad.

—¿Era ésta mi cara de antes?

—Sí, general. ¿Qué otra cara podía tener? El doctor nos advirtió que usted haría muchas preguntas, general.

—No recuerdo nada de mi pasado.

—También es corriente. Se golpeó fuertemente en la cabeza, pero el doctor dijo que dentro de unos días, se acordaría de todo.

Bruno devolvió el espejo a Francis. Apoyó la nuca en el respaldo

del asiento y cerró los ojos.

—¿Adónde vamos por aquí?

—A Miami —contestó Bakewell.

—¿Por qué a Miami?

—Usted alquiló allí una villa, general. Vamos a Miami siguiendo las instrucciones del doctor. Dijo que Miami le sentaría muy bien.

—¿Quiénes son ustedes?

—Soy Artie Bakewell, su secretario, general. Y el hombre que está a su lado es mi ayudante, Francis Leigh. El que conduce se llama Otto.

—¿Murió alguien en el accidente?

—¿Cómo?

—Usted ha dicho que hubo un accidente, que yo me golpeé la cabeza.

—Oh, sí, general, pero no murió nadie. El que salió peor librado fue usted, general. Cayó en mala posición.

—¿Un accidente de automóvil?

—Sí, patrón.

—¿Dónde ocurrió?

—Oiga, el doctor aconsejó que le diésemos la información poco a poco, a gotas.

—¿Dónde ocurrió? —insistió Bruno.

—Muy bien, sé lo diré... En Jackson, Louisiana... No en la misma ciudad... A unas seis millas.

—No recuerdo nada. Absolutamente nada.

—No se preocupe, general. Su memoria mejorará de día en día.

Viajaron en silencio durante un rato.

—Bakewell...

—¿Sí, general?

—¿Soy casado?

—Sí, general, pero no tiene que preocuparse por ella. Usted la repudió.

—¿Quiere decir que me divorcié?

—Sí, algo parecido.

—¿Me volví a casar?

—No. Usted decidió que podía tener a la mujer que quisiese, y le aseguro que ha tenido muchas.

—¿Hijos?

—¿Se refiere a su esposa?

—Sí.

—No, no tuvo ninguno con ella.

—¿Quiere decir que los tuve de las otras?

—Sí, cuatro o cinco.

—¿Qué he hecho con ellos?

—Oh, usted se ha preocupado mucho, general. A sus madres les pasa una buena manutención. Los chicos están gordos y bien cuidados...

—No comprendo nada. Es como si me estuviese hablando de otra persona, de alguien que no soy yo...

—Trate de dormir, general. Se encontrará mucho mejor.

—Fernando Homero —dijo Bruno—. Qué nombre tan extraño... Ni siquiera sé a qué país pertenezco...

—En la villa de Miami tiene usted muchos recuerdos, cosas que se trajo de su país, general. El doctor nos advirtió que eso contribuiría a devolverle la memoria. Seguro que, cuando lleguemos allí, irá recordando su pasado.

—Sí, Bakewell, eso espero... Tengo sueño.

—Lo sé, general. Por eso el doctor aconsejó que durmiese mucho.

—Dormir... Quisiera tener un sueño muy largo... Muy largo —su voz se fue haciendo lejana.

—Ya duerme —dijo Francis.

Otto se echó a reír.

—Eh, oigan, es asombroso. El tipo no recuerda quién es.

—Claro que no —dijo Bakewell—. ¿No ves que lo drogaron?

—Nunca había visto a un hombre amnésico. Demonios, el general es un tipo astuto... A este muchacho lo van a achicharrar en su lugar y él continuará viviendo con esa pelirroja que tiene un cuerpo de maravilla.

—¡Cuidado, Otto! —gritó Bakewell.

Habían salido de una curva y, más allá, la carretera formaba un profundo declive, donde había penetrado el agua del pantano.

—¡Frena! —chilló Bakewell.

—Si freno, nos iremos al infierno.

El coche se metió en el agua fangosa y patinó.

Otto demostró su pericia sorteando un grueso tronco.

Pero el auto se puso a colear.

—¡Frena, Otto! —gritó otra vez Bakewell.

—¡Cállese, Bakewell! —gritó Otto.

El auto salió de la carretera.

Fue entonces cuando Otto frenó porque se iba contra los árboles de la derecha.

Se produjo un impacto y el auto se levantó como si una mano gigante lo hubiese impulsado desde atrás.

Voló por el aire y panza arriba, chocó contra el suelo, el agua del pantano, los troncos...

Desgajó unos cuantos árboles y siguió dando vueltas por el fango, levantando agua y espuma, como si se hubiese convertido en una canoa.

CAPÍTULO V

—¿Cuánto tiempo estaremos aquí, general? —preguntó Marjorie Georgia Ann.

—Hasta que sepamos con certeza que Bruno Shelby ha muerto.

—Eso espero.

—Ya deben de haber llegado a Miami.

—Sí, deben de estar allí...

—¿Cuáles son las instrucciones que le diste a Bakewell?

—En cuanto llegasen, Bakewell haría de soplón anónimo.

—Ya entiendo, pondría en conocimiento de los círculos patriotas la llegada del general Romero.

—Sí, querida.

—Entonces, tu doble debe estar ya en capilla... Apuesto a que no ve la nueva luz del día...

—Es posible. Después de todo, tendrá una dulce muerte. Bruno Shelby morirá sin saber quién es... ¿No es hermoso? Esa imagen es poética. Recuérdame que escriba algo sobre eso... Séneca y otros estoicos habrían aprobado mi plan.

—¿Te vas a poner a filosofar ahora?

—Sabes que me gusta la filosofía. Es mi *hobby*.

—Prefiero ser yo tu *hobby*, general. ¿No crees que soy un poco mejor que Séneca?

—No seas materialista; cada cosa a su hora.

—A propósito de Bruno Shelby... Qué buen mozo era...

—Recuerda que es igual que yo.

—Sí, general, pero con seis o siete años menos.

En aquel momento sonó la campanilla del teléfono.

—Contesta tú, Marjorie.

La pelirroja tomó el auricular.

—¿Quién? ¿Bakewell? —La joven cubrió el auricular—. Es Bakewell, quiere hablar contigo. Ocurrió algo.

—¿El qué?

—No me lo ha dicho, pero está muy excitado.

Romero atrapó de un zarpazo el teléfono que Marjorie le alargaba.

—Bakewell, ¿de dónde llamas?

—Desde Lake City.

—Deberíais estar más próximos a Miami.

—Tuvimos un accidente.

—¿Cómo?

—Otto hizo el loco. Condujo demasiado aprisa, pero ya lo pagó. Está muerto... También murió Francis... sólo yo salí ileso; bueno, creo que tengo un brazo roto. Me lo han entablillado provisionalmente.

Los ojos de Romero chispearon con furia.

—No me has hablado del viajero más importante.

—Desapareció.

—¿Cómo?

—Yo perdí el conocimiento, general. Nos socorrieron unos automovilistas y ellos llamaron a la policía. Cuando recuperé el sentido vi el cadáver de Otto y el de Francis, pero nuestro amigo no estaba allí.

—¿Hay alguien a tu lado ahora?

—No.

—Entonces puedes hablar con tranquilidad.

—He dicho a la policía que el general Romero viajaba con nosotros.

—¿Has dicho eso?

—¿Es que no se da cuenta, general? Al desaparecer nuestro amigo, tuve que decir eso... Lo publicarán los periódicos y ya puede estar seguro de que los patriotas de Miami se pondrán a la busca del antiguo dictador.

El general se quedó pensativo.

—Sí, Bakewell, tienes razón, pero no basta con eso.

—¿Qué quiere decir?

—Los patriotas quizá tarden algún tiempo en dar con Shelby y ya sabes lo que dijo el doctor. Podría recuperar la memoria.

—Oiga, general, tal como están las cosas, no creo que haga falta siquiera qué los patriotas den muerte al ex presidente. Morirá él solo. Va perdido... Puede que en estos momentos se lo haya tragado el pantano.

—Es lo que hay que evitar, ¿no lo comprendes? Los patriotas no tendrían pruebas de que fue muerto.

—Sí, general, entiendo.

—¿Has dicho Lake City?

—Sí.

—Te enviaré ahora mismo cuatro hombres de mi guardia personal. El jefe será Cliff Everly. ¿Dónde se tiene que ver contigo para que los instruyas?

—Me he hospedado en el hotel San Agustín, habitación 8.

—Los muchachos viajarán en avión para llegar antes.

—Entonces tendrán que ir a Alachúa y alquilar un auto hasta Lake City.

—Muy bien, así lo harán. No te muevas de ahí.

—Tengo que ir al hospital a que me escayolen el brazo.

—En cuanto terminen de ponerte la escayola, te vas a la habitación del hotel.

—Sí, patrón.

Romero colgó y soltó un terrible juramento.

—¿Por qué han de pasarme a mí estas cosas? Otto muerto, Francis muerto... Bruno Shelby escapó... ¿Por qué me abandonó mi buena estrella?

—¿No dice Séneca nada a ese respecto? —preguntó la pelirroja, mientras tomaba un bombón de una caja.

—¿Qué dices, estúpida?

—General, por favor, no me hagas pagar los errores de los demás. Yo trabajé bien para ti.

—Sí, es cierto —dijo Romero, y cruzó el salón, abriendo mía puerta—. Cliff.

Se retiró dejando la puerta abierta y poco después entró un hombre rubio, de sienes hundidas y ojos verdosos.

—Cierra esa puerta, Cliff —ordenó el general.

Cliff cerró la puerta y dirigió una mirada hacia la pelirroja, que había encogido las piernas sobre el diván, sin preocuparse de bajar la falda.

Marjorie se dio cuenta de dónde miraba *él* y le dedicó una sonrisa mientras mordía el bombón.

—Nuestro plan ha fracasado, Cliff.

—¿Qué dice, general?

—Ha ocurrido algo imprevisto. —A continuación Romero explicó a Cliff todo lo que había sabido por boca de Bakewell y luego agregó—: Elige a tres de los muchachos. Volaréis hasta Alachúa. Allí compraréis un auto y os llegaréis a Lake City. Bakewell está en el hotel San Agustín...

* * *

Bakewell estaba tendido en la cama. El brazo ya no le dolía. Lo tenía escayolado. También le habían puesto, un trozo de esparadrapo sobre la ceja derecha, donde tenía un corte.

Había sido el más afortunado de todos. Por lo menos conservaba la vida, aunque cabía suponer que también Bruno Shelby estuviese vivo.

Los policías estaban rastreando la zona del pantano más cercana al lugar donde había sobrevenido el accidente.

Sonó la campanilla del teléfono y Bakewell dio un respingo en la cama.

—¿Sí? —dijo.

Oyó la voz del encargado del registro. Se llamaba Josh.

—El oficial de policía Martin quiere hablar con usted, señor Bakewell.

—Está bien, pásame la comunicación. —Esperó unos segundos—. ¿Oficial Martin? Soy Bakewell, le escucho.

—Hemos batido unas cuantas millas cerca de donde su auto se accidentó, señor Bakewell.

—¿Qué hay del general Romero?

—No lo hemos encontrado.

—Pero eso es absurdo, oficial...

—Sí, yo también lo encuentro muy raro. Si al general no le pasó nada, lo lógico es que se hubiese quedado junto al auto.

Bakewell guardó silencio un instante.

—Oficial, se me ocurre una cosa para explicarlo.

—Usted dirá de qué se trata.

—Estaba pensando en que el general hubiese perdido la memoria... ¿No ha conocido en su vida profesional algún caso parecido, oficial Martin?

—Sí, vi un par de individuos amnésicos.

—Pues parece claro que va a conocer al tercero.

—Le comprendo. Supone que el general ha perdido la memoria y anda vagando por ahí.

—Sólo es una hipótesis, pero existen posibilidades de que sea realidad.

—Sí, señor Bakewell. Íbamos a utilizar los perros, pero daré orden de que los dejen quietos.

—¿Por qué? Me parece una buena idea que utilicen los perros.

—Si el general está amnésico y oye los perros podría asustarse, desaparecer en las arenas movedizas... Al menos, de momento, no utilizaré los canes. Sólo lo buscarán los hombres, pero si en un plazo prudencial eso no resultase acertado, echaré mano a los sabuesos.

—Sí, oficial, creo que su plan es bueno.

—Gracias, señor Bakewell.

—Llámeme si lo encuentran.

—No se preocupe. Si encontramos al general, lo sabrá en seguida.

Bakewell dio las gracias y colgó.

Todo se había complicado mucho pero él no era el culpable. Podía estar tranquilo a ese respecto. El responsable fue Otto. El alemán había sido un fanfarrón.

Bueno, ¿para qué pensar más en ello? Las cosas habían pasado así y debía conformarse. Después de todo, el plan del general se llevaría a cabo. Bruno no podría ir muy lejos. Los diarios de Miami ya habrían salido, dando la noticia del accidente del general Romero, y los patriotas se pondrían en movimiento. Había muchos en Miami, los había por miles, docenas de grupos con su jefe. Y todos ellos se aprestarían a cazar al general, para vanagloriarse de la muerte del ex dictador.

Se quedó dormido.

Cuando despertó era ya de noche.

Consultó el reloj. Las agujas marcaban las nueve menos diez minutos.

Tenía hambre.

Bueno, saldría a la calle e iría al restaurante cercano al hotel. De paso leería los diarios. Ya traerían la noticia.

Se estaba poniendo los zapatos cuando se abrió la puerta y vio entrar a Cliff Everly.

—Hola, Cliff, qué alegría verte.

—¿Cómo estás, Artie?

—Ya lo ves, me fracturé el brazo.

—Sí, fue un tonto accidente...

—Le dije a Otto que no condujese tan aprisa pero él no me hizo caso.

—Tú eras el jefe de la expedición. Debiste imponerte a Otto porque eras el que daba órdenes.

—¿Dijo eso el general?

—Sí, eso dijo.

—Es posible que tenga razón.

—¿Qué sabes de Bruno?

—Nada.

—¿Qué es eso de nada?

—Me llamó un oficial de policía, un tal Martin. Dijo que habían batido sin resultado los alrededores de donde ocurrió el accidente... No me han vuelto a llamar.

—Eso no le va a gustar nada al patrón.

—Tú y los muchachos lo encontraréis.

—Trataremos de encontrarlo, pero será un trabajo difícil.

—Cliff, me disponía a ir al restaurante para comer un poco... Anda, acompáñame.

—No puedo, Bakewell. He de dedicarme al trabajo. Los muchachos me están esperando en la calle. Nos ponemos en marcha en seguida. Quiero que vengas con nosotros hasta el sitio donde ocurrió el accidente.

—Sí, Cliff, desde luego.

—Anda, péinate un poco.

Bakewell entró en el cuarto de baño y Cliff lo siguió.

El rubio cerró la puerta.

—Eh, ¿por qué cierras? —dijo Bakewell.

Cliff metió la mano en el bolsillo y sacó una navaja barbera, la cual abrió.

Bakewell vio brillar la hoja de acero.

—Cliff, no irás a afeitarte ahora.

—No, no me voy a afeitar.

Bakewell trató de sonreír. Lo consiguió a duras penas.

—Guarda esa navaja, Cliff, me pone nervioso...

—Te vas a suicidar, Bakewell.

—¿Qué tontería estás diciendo?

—Ya lo has oído. No has podido resistir la emoción del accidente... Eso es una cosa normal, teniendo en cuenta que tu jefe ha desaparecido.

—Me estás gastando una broma, Cliff.

—No, Artie.

—Guarda la navaja y te prometo no decírselo al general. Te aseguro que si le informase de eso, no le gustaría nada...

—Eres tonto, Artie... Muy tonto... Deberías suponer que fue el general quien dio la orden de que te suicidases.

—¿El general ordenó eso?

—Ya te lo he dicho.

—No lo creo. Siempre le fui fiel... He trabajado con él ocho años... Hice para él toda clase de trabajos.

—Sí, Bakewell, eso es cierto, pero fallaste en el más importante.

—Yo no fallé. Fue Otto.

—Hemos acordado antes que fue tuya la culpa porque Otto sólo era un subordinado tuyo y te tenía que obedecer.

—Por lo que más quieras, Cliff... Estoy indefenso... Tengo un brazo roto... No puedes hacerme eso.

Cliff siguió avanzando.

Artie no retrocedió más porque encontró la pared a su espalda.

—Cliff, tengo dinero, lo ahorré mientras estuve con el general... Te daré cinco mil dólares, ¿lo oyes? Cinco mil dólares... Sólo tienes que guardar esa navaja... Te firmaré un cheque y mañana podrás recoger el dinero en el Banco...

Cliff se detuvo muy cerca y levantó poco a poco la mano con la navaja barbera.

Artie desorbitó los ojos.

—Cliff, se me ocurre una idea... Me marcharé de aquí... Tú le dices al general que me mataste... Te juro que me iré muy lejos, a Europa... Nunca sabréis de mí... Puedes decir al general que

arrojaste mi cadáver al pantano... Eso está bien... Y tú seguirás cobrando los cinco mil dólares...

—No, Artie. No hay arreglo.

Bakewell dio un chillido y trató de ganar la puerta saltando al baño, pero Cliff anduvo ligero y lo atrapó por el cuello.

Artie resbaló en el interior del baño y cayó sentado, la cabeza hacia atrás.

Con eso, facilitó mucho las cosas.

CAPÍTULO VI

El viejo George Hope había seguido durante media hora al jabalí. El animal le había estropeado la cerca y unas cuantas docenas de coles. Ya era la segunda vez que se le metía aquella semana en el huerto. La primera lo había seguido, pero el jabalí demostró ser un animal astuto y se le escapó casi en las narices. Ahora no ocurriría eso.

Lo había visto esconderse entre los arbustos. Sabía que estaba allí.

Se fue acercando sin hacer ruido, el rifle preparado para disparar.

De pronto, oyó un ruido a su espalda.

Se volvió pero era demasiado tarde. El jabalí se lanzaba sobre él.

Disparó precipitadamente y no hizo blanco.

El jabalí lo hizo rodar por el suelo.

Su instinto de conservación le dijo que debía conservar el arma.

Le pegó con la culata en la cabeza tratando de alejarlo de sí, pero eso enfureció más al a fiera.

George tuvo la impresión de que le atravesaban el muslo con un cuchillo y comprendió que era uno de los colmillos del jabalí que le había entrado en la carne.

Rodó por el suelo tratando de librarse de la alimaña y perdió el rifle.

El jabalí se había quedado unos metros retirado de él y empezó a volverse hacia el lado opuesto.

De pronto sonó un gruñido y vio caer al jabalí, el cual emitió unos gruñidos y finalmente quedó quieto.

George alzó la cabeza y vio al hombre. Era alto, fornido, con rostro de facciones enérgicas.

—¿Cómo está, abuelo?

—Bien, gracias a usted...

—Pude atrapar su rifle.

—Tira bien, amigo.

—Era un blanco fácil... Eh, tiene sangre en el muslo.

—Sí, creo que el jabalí me dio un beso aquí.

El hombre que le había salvado se arrodilló junto a él y le vio el muslo.

—¿Sabe lo que le digo? Prefiero el beso de una mujer. Hay que curar eso.

—Tengo mi cabaña a una milla de aquí. Si me ayuda podré andar.

—Usted no puede andar.

—Claro que sí; soy fuerte a pesar de mis sesenta y dos años.

Se apoyó en el hombro del desconocido para levantarse, pero la pierna herida le falló.

El joven le hizo rápidamente un torniquete para cortar la hemorragia y luego se dispuso a tomarlo por la cintura.

—¿Qué va a hacer, amigo?

—Lo que le dije, echármelo sobre el hombro.

—Peso mucho.

—Es sólo una pluma.

—No puede recorrer una milla conmigo auestas.

—Descansaremos de vez en cuando. Sostenga usted el rifle.

El hombre que lo había salvado se lo echó al hombro y emprendieron la marcha.

—Siga por ahí —dijo Hope—, adonde está apuntando el hocico del jabalí.

Al cabo de un rato, el viejo dijo:

—Descanse.

—Sí, creo que lo necesito. —Lo dejó apoyado en el tronco de un árbol—. ¿Cómo va esa pierna?

—Duele un poco pero lo puedo resistir... Eh, oiga, todavía no sé su nombre...

El joven que había disparado el rifle se pasó el dorso de la mano por la sudada cara. Podía decirle que era Fernando Romero, pero eso lo sabía porque se lo habían dicho unos tipos que conoció al despertar en un automóvil. Uno se llamaba Bakewell, otro Francis y

el que conducía Otto.

Francis y Otto habían muerto, sólo Bakewell estaba vivo, aunque desmayado, y su cartera le había salido del bolsillo desparramando unas fotos por el suelo.

Tomó una y la observó asombrado. Era él mismo en traje de militar, sonriendo, una metralleta en la mano con un montón de cadáveres a sus pies. Sobre una pared, había escrito con letras negras: «Ésta es la justicia del general Romero».

Aquello lo había conturbado mucho. ¿Era él realmente aquel hombre?

No podía tener duda. Su parecido era exacto. Sin embargo, no recordaba nada que se refiriese a aquella escena que reflejaba la fotografía.

Y luego, en la misma cartera, había encontrado otras fotos en las que siempre estaba él. Romero, presidiendo actos soltando discursos ante un numeroso auditorio...

No, no podía continuar con Bakewell, al menos hasta que no hubiese recordado exactamente su pasado.

Por eso huyó, apartándose de la carretera, corriendo al principio por estrechos senderos y luego internándose por la floresta.

—Yo soy George Hope —oyó decir al abuelo.

—Scott Baxter.

Era el nombre que había visto en una botella que Francis manejó de vez en cuando durante el viaje.

—Vamos, abuelo, hemos de llegar pronto a su cabaña.

Se lo echó otra vez al hombro.

Poco después llegaron al claro donde se alzaba la cabaña.

—¿Tiene botiquín, señor Hope?

—Desde luego.

Dejó a Hope en un camastro y se dedicó a lavar y vendar la herida.

—No es muy profunda —dijo Bruno—. Sanará en unos cuantos días.

—Tuve mucha suerte en que ese jabalí no acabase conmigo.

—¿Qué hace aquí tan retirado de la civilización, Hope?

—Me cansé de la ciudad. Tenía unos cuantos ahorros y gracias a ellos puedo vivir decentemente. Eso es muy difícil de lograr en su civilización, Scott.

Bruno pensó por un momento que él tal vez pudiese quedarse allí con el anciano, ignorando del mundo. No, pero él no podía hacer eso. Cada vez sentía unos deseos más enormes de conocer su identidad. ¿Sería él aquel general Romero? No podía imaginarlo. Pero ¿dónde encontrar respuesta a su pregunta...?

De pronto se oyó a lo lejos el ruido de un auto.

Bruno miró por la ventana y regresó junto a Hope.

—Es un coche patrullero de la policía.

—Debe de ser el sargento Jarman. Pasa por aquí una vez a la semana... A veces jugamos una partida de damas.

—Hágame un favor, Hope.

—¿Sí?

—Usted está solo.

Hope frunció el ceño.

—De acuerdo, no se preocupe. Vaya a la cocina y métase en el sótano. Tenga cuidado con la escalera. Sus maderos están carcomidos. Será mejor que descienda al fondo.

—Gracias, Hope.

El abuelo quedó a solas.

Transcurrieron un par de minutos y la puerta se abrió dando paso a un policía rechoncho, que entró secándose el sudor de la doble papada.

—¿Qué le pasa, abuelo?

—Un jabalí me acertó en la pierna.

—Ya le advertí contra los animales. Este lugar no es para usted, abuelo.

Hope rió con risa cascada.

—Es mi paraíso, sargento.

—Aparte del jabalí, ¿no encontró algo más?

—Un par de caimanes.

—¿Ningún hombre?

—¿Había de encontrarme alguno, sargento?

—Se accidentó un automóvil. En él viajaban cuatro hombres; dos de ellos murieron, uno quedó desmayado y¹ el cuarto desapareció. Es el general Fernando Romero, una personalidad muy importante, en cierto país de América del Sur... Fue derribado del Gobierno por una revolución, hace cosa de cuatro meses... Bueno, todo lo sabría usted si formase parte de esa civilización que

aborrece.

—Vivo tranquilo y pienso seguir así hasta que me muera.

—¿Me puede ofrecer un trago de *whisky*, señor Hope?

Hope guardaba el *whisky* en la cocina.

—Se me acabó anteayer. Tendré que ir a Lake City para comprar una nueva provisión. Si quiere un trago de agua...

—¿Agua? Ya tengo bastante con la que bebo en mi servicio de patrulla... Hasta la vista.

El sargento Jarman salió de la cabaña y, poco después, Hope oyó el auto policíaco que se alejaba.

Bruno entró en la estancia.

Hope lo miró atentamente.

—Sí, ahora lo recuerdo, general Romero... Vi una fotografía suya hace unos cinco años... Usted ya era famoso entonces, aunque sólo fuese coronel. ¿Es verdad que mató a cinco mil personas que formaban parte del bando que le disputaba el poder?

—No lo sé.

—En las revistas de nuestro país se publicaron fotografías. Usted estaba entre montones de cadáveres.

Bruno recordó la fotografía que había encontrado en la cartera de Bakewell.

—Oiga, Hope, le diré algo importante. A mí también me gustaría saber si yo soy ese general Romero...

—No le comprendo.

—Perdí la memoria.

—Ya entiendo. Sufrieron un accidente, dos de los hombres que viajaban con usted, murieron y otro perdió el sentido. Usted debió de recibir un golpe en la cabeza y le produjo amnesia.

—No, Hope, yo había perdido ya la memoria antes de que sobreviniese el accidente.

—¿Está seguro?

—Sí, absolutamente. Lo recuerdo a la perfección. Yo hablé con ellos. No sabía quién era. Uno de esos tipos me contó una historia. Con anterioridad, según dijo, hubo otro accidente de automóvil, me dañé la cara y un doctor me asistió. Perdí la memoria y ahora me dirigía a Miami, donde he alquilado una villa.

—Eso deja aclaradas las cosas, ¿no le parece, Scott?

—Gracias por llamarme Scott. —Bruno hizo una pausa—. Sí, es

posible que tenga razón y que yo sea ese hombre que se hizo fotografiar con cadáveres de sus enemigos, aunque me resisto a creerlo...

—¿Por qué?

—A mí también me parece imposible.

—No tiene usted aspecto de asesino.

—Quizá no lo tenga ahora y lo tuviese antes de que perdiese la memoria.

Hope dejó correr unos segundos.

—¿Qué va a hacer, Scott?

—Ir a Miami.

—¿A su villa?

—Debí quedarme junto al auto, pero me asusté al descubrir una de esas fotografías. Ahora comprendo que cometí una tontería.

—Ande, ayúdeme, Scott.

—¿Para qué quiere levantarse?

—Tengo un auto en la parte de atrás. Lo llevaré hasta Lake City.

—No, no quiero ir a Lake City.

—El sargento Jarman estuvo en su busca y seguro que hay un montón de policías tras sus huellas. El otro superviviente del accidente debe de ser un hombre de su escolta y seguro que está esperándolo en Lake City. En cuanto llegue allí, podrá alojarse en un buen hotel.

—Me importa un rábano eso. Ya le dije que lo que quiero es llegar a Miami.

—¿Se refiere a ir solo?

—Claro que sí.

—¿Por qué?

—No quiero hacer el viaje con ese superviviente... Ni él ni su compañero me ayudaron mucho para saber quién era yo. Al menos, lo que me dijeron no sirvió de nada. A partir de ahora quiero hacer la investigación personalmente.

—Oiga, Scott, siempre he oído decir que Miami es el sitio de reunión de los exilados de América del Sur... ¿Se da cuenta de que si va allí será como meterse en la boca del lobo?

Bruno se quedó pensativo.

—Es posible, pero es en Miami donde podré saber si realmente yo soy el general Romero.

Bruno sacó su cartera. La había examinado con anterioridad, mientras huía. Tenía dentro dos mil dólares, en billetes de a cien y de cincuenta.

—Le compro el auto, Hope.

—No está en venta.

—Ponga precio.

—Se lo regalo, Scott.

—No puedo consentirlo, usted lo necesita... Recuerde que si soy el general Romero debo de tener mucha plata.

—Está bien, deme trescientos dólares.

Bruno puso quinientos encima de la mesa.

—Ahí los tiene —dijo como si fuesen efectivamente trescientos—. Hope, quisiera ir por caminos secundarios hasta Miami. Soy todo un personaje y, con la noticia de mi accidente, imagino que me buscarán otras personas, además de la policía.

Hope se echó a reír.

—Encontró al tipo más indicado para llegar a Miami. Conozco unos cuantos caminos que son buenos. He tenido mucho tiempo por delante y me dediqué a la exploración del país. Hasta hice un mapa que es muy distinto al de esos libritos que regalan en las estaciones de servicio. Un mapa hecho por el viejo George Hope... Lo encontrará en la segunda estantería, entre los dos libros de pastas rojas...

CAPÍTULO VII

Le resultó fácil llegar a Miami, gracias al mapa que le había trazado el viejo George Hope. En el camino, sólo se cruzó con media docena de coches.

También sirvieron las gafas oscuras de que había sido provisto cuando salió de la clínica y el auto del viejo, un modelo de ocho años atrás en el que nadie reparaba.

Al llegar a Miami se metió en una cabina telefónica y habló con la redacción de un diario, preguntando por la villa de Fernando Romero.

Cuando tuvo ese dato, se dirigió a la villa.

No encontró a nadie por los alrededores y eso era lógico, teniendo en cuenta que el general Romero había sido localizado en Lake City, muy lejos de Miami.

Dejó el auto entre los árboles y caminó hasta la casa.

El portón estaba cerrado.

A través de los barrotes vio un hombre que regaba unas plantas.

—Eh, tú, ven aquí —le llamó.

El jardinero se levantó y lo miró asombrado.

—General Romero... Perdona usted, no lo había reconocido...

El joven se estremeció. Aquel hombre lo identificaba hasta con las gafas.

—¿Cómo te llamas? —preguntó entrando por el portón.

—General, ¿es que no me conoce?

—No, no me acuerdo de ti.

—Soy José —tartamudeó el jardinero—. José Beneas. Serví con usted en su primera campaña, cuando fue teniente... ¿Qué le ha pasado, general? Lo encuentro un poco extraño. Nos dijeron que tuvo un accidente... ¿Fue eso?

—Sí, José. Fue eso. Se me han olvidado ciertas cosas y también algunas personas.

—Comprendo, general, pero eso será fácil de curar.

—Es posible. Dime, ¿quién hay aquí?

—Estoy yo, general.

—¿Y los demás?

—También hay dos criados, tres criadas y una cocinera.

—¿Y mi escolta?

—No hay ninguna, señor. Pensamos que usted los traería.

Bruno pensó en Otto, en Bakewell y en Francis. ¿Eran ellos su escolta? ¿La única que iba a tener en aquella villa? Eso resultaba un poco extraño teniendo en cuenta que Miami era un centro de agitación revolucionario de sus compatriotas.

—¿Marcha algo mal, general? —preguntó José interrumpiendo sus pensamientos.

—José, ¿quiénes son mis guardianes?

—Tiene muchos, señor.

—¿Cuántos?

—Una docena.

—¿Dónde están?

—General, me deja asombrado; debían viajar con usted.

—No, no venían conmigo. ¿Conoces a alguno de ellos?

—Sí. Al jefe de su escolta, es Cliff Everly.

—¿Un americano?

—Sí, señor. Y hay otros dos. Luke Hudson y Ray White. Los tres los reclutó en Chicago. Bueno, no lo hizo personalmente, lo ordenó a un intermediario. Los otros tres que completan la media docena los trajo usted de nuestro país.

—¿Cómo es Cliff Everlyn?

El jardinero se humedeció los labios con la lengua, perplejo.

—¿De verdad no se acuerda?

—Contesta, José.

—Sí, mi general. Cliff Everly es rubio, de sienes y mejillas hundidas, de nariz afilada...

—¿Ha venido alguien por aquí?

—No señor, nadie... —¿río saben que he alquilado yo esta villa?

—No, señor. ¿Tampoco se acuerda de eso?

—No, tampoco me acuerdo.

—Esta villa está alquilada a nombre de Romualdo Manzanilla. Es usted, naturalmente, pero eso sólo lo sabe el agente de Bienes-Raíces.

Bruno hubiese reído de buena gana. Le había bastado una llamada a un diario para conocer la ubicación de la villa.

—Sabes muchas cosas para ser un jardinero.

José se quedó con la boca abierta unos instantes y luego forzó una sonrisa.

—General, usted me lo ordenó.

—¿Qué es lo que te ordené?

—Que espíase. Debía saber todo lo que sucediera aquí y luego informarle a usted... Es lo que estoy haciendo.

Bruno miró al jardinero. No le gustaba el brillo de sus ojos.

—Está bien, José, eres un gran chico por cumplir mis órdenes de esa manera. Ahora voy a la casa. No digas a nadie que llegué.

—Desde luego, general.

—Y tampoco digas a tus compañeros que perdí la memoria. Ya tuve bastante, quiero ser un hombre normal.

—Sí, mi general.

—Y cierra ese portón. Lo dejaste abierto.

—¿Cuándo llegará su escolta, general?

—No deben de tardar mucho.

Bruno se dirigió a la casa.

Le abrió un criado que se puso a temblar como una hoja ante su presencia.

Bruno dijo que le precediese a su habitación porque necesitaba descansar.

Así, poco después, Bruno se encontraba en un dormitorio que habría podido dar cobijo a un regimiento. La habitación contaba con amplios balcones con vistas al jardín.

Abrió un armario empotrado. Dentro había muchos trajes. Entre ellos, dos uniformes de general, nuevos, flamantes.

Siguió buscando en la mesilla de noche, en una maleta que abrió y que sólo contenía ropa interior, corbatas, camisas.

Nada había en aquella habitación que le hiciese recordar alguna cosa.

El sol se estaba ocultando.

Llamaron a la puerta.

Bruno autorizó la entrada.

Era una joven de unos veinticinco o veintiséis años, morena, de ojos negros, llameantes y cabello como el azabache. Se cubría con una blusa de escote redondo y falda floreada.

Cerró la puerta tras de sí y dijo:

—Mi general, la cena está servida.

—Gracias, ahora voy.

—¿Sólo va a decir eso?

—¿Qué quiere que diga?

—General, le veo muy poco cariñoso.

Bruno comprendió.

—Lo he echado mucho de menos, general... Pero usted no se ha acordado de mí.

—Claro que sí.

—Dijo que le traería a su Rosa un vestido de noche.

—Te lo traía, pero sufrí un accidente. ¿No te lo dijeron?

—Sí, general. Entonces, ¿me traía el vestido de noche?

—Claro que sí.

Ella corrió hacia Bruno y le echó los brazos al cuello.

—General, ¿quiere que venga esta noche?

—Déjalo para mañana.

—¿Por qué para mañana?

—Llegué muy cansado y, además, tengo el cuerpo lleno de cardenales.

—Oh, general, yo lo curaré con mis dedos, lo mismo que la otra vez.

—¿La otra vez?

—Sí, en el brazo... ¿se acuerda...? Se hirió —ella le apretó el brazo derecho—. Usted arrojó a su médico a cajas destempladas, dijo que sólo quería que yo lo cuidase, y lo hice muy bien... —Le subió la manga al tiempo que lo acariciaba—. General...

—¿Qué pasa ahora?

—No tiene la cicatriz.

—Se ha borrado con el tiempo, ¿no?

—General, era pequeña pero profunda... Dijo que se había arañado en una alambrada, pero yo sé la verdad, intentaron asesinarlo... Ande, niéguelo ahora.

—No lo puedo negar —dijo Bruno, mirándose el brazo, donde

no tenía ninguna cicatriz—. ¿Cuándo me hirieron?

—¿No lo sabe?

—Lo olvidé —dijo Bruno con voz irritada.

—Fue hace dos meses en México, antes de que el Gobierno de allí le negase el derecho de asilo... ¿De verdad lo ha olvidado? Fue en el hotel, no recuerdo cómo se llamaba. Tenía nombre americano... Un camarero entró para servirle el desayuno, y después de dejar la bandeja sobre la mesa, tomó un cuchillo. Usted reaccionó en seguida, y aquél espía disfrazado de camarero sólo logró herirle en el brazo.

—Gracias por todo, Rosa... Te veré luego. En seguida bajo.

—Sí, general. —Rosa le sonrió mientras retrocedía hacia la puerta—. Me alegro mucho de que se haya dejado a la pelirroja. Esa mujer era mala.

Un chispazo brotó en la mente de Bruno, como un rayo de luz. Lo había producido Rosa al referirse a aquella pelirroja.

Cerró los ojos.

—¿Está mareado, general?

—No, Rosa, fue un pequeño aguijonazo en la cabeza, pero ya pasó.

—Yo lo cuidaré... esta noche.

Rosa le dirigió una sonrisa y salió de la estancia.

Al quedar solo, Bruno se miró otra vez el brazo. No, él no tenía el menor rastro de una cicatriz, y dos meses eran muy poco tiempo para que hubiese desaparecido.

Bajó al comedor.

Un criado y una criada lo servían.

Ya había caído la noche.

Comió con poco apetito.

—General, ¿le pongo el aparato de TV? —preguntó el criado.

—No, gracias. Me voy a retirar a dormir.

Poco después se encontraba otra vez en su habitación a solas.

Se entretuvo un rato mirando el jardín invadido por las sombras.

Sería mejor que durmiese. Por ahora no podía investigar más. Sólo había un tanto a su favor, aquella cicatriz que debía de haber conservado en el brazo.

Pero no era una prueba definitiva. Quizá Rosa se había equivocado respecto a la herida y fue muy superficial, en cuyo caso,

dos meses era bastante tiempo para que no hubiese quedado marca alguna.

Se despojó de los zapatos y se tendió en la cama vestido.

Empezó a adormilarse.

De pronto oyó un ruido en la terraza. El balcón estaba abierto.

Abrió los ojos y se quedó rígido. Había alguien en la terraza. Iba a entrar en el dormitorio, por el balcón.

No, no podía ser Rosa. Ella habría entrado por la puerta.

La habitación estaba a oscuras, pero la luna proyectaba un haz de luz a través del balcón.

De pronto vio aparecer una sombra. Era un hombre.

Entornó los ojos.

El hombre entró en la estancia. Algo brilló en su mano, un cuchillo.

Lo dejó acercarse a la cama. El desconocido había interrumpido el resuello. Levantó el brazo armado para descargarlo.

Bruno saltó como impulsado por resortes y atrapó la muñeca del tipo.

Los dos rodaron por el suelo, luchando desesperadamente.

Oyó un gemido del hombre que trataba de matarlo. El cuchillo se había hundido en su estómago.

Se levantó y dio la luz. El hombre había muerto. Era un tipo muy moreno. Sus ojos estaban abiertos, fijos en el techo. Lo registró, pero sus bolsillos estaban vacíos.

—Maldito sea, general —oyó de pronto una voz procedente del balcón.

Vio a José, el jardinero. Le estaba apuntando con un revólver.

—¿Qué pasa, José?

—El hombre que acaba de matar era mi sobrino.

—Intentó asesinarme.

—Claro que intentó asesinarle. Yo lo introduje en la casa.

No era una sorpresa para Bruno. Cuando habló a su entrada con el jardinero tuvo la impresión de que aquel hombre no le era fiel. No se había equivocado, pero de nada le valía.

—Podéis entrar, muchachos —dijo José.

Se oyeron pasos por la terraza y entraron otros dos hombres.

—De modo que estás con mis enemigos, ¿eh, José? —dijo Bruno llevando aire a sus pulmones.

—Siéntese en la silla, general.

—Creí que me ibas a matar en seguida.

—Eso va a depender de usted, general.

—¿Qué quieres decir?

—Se lo explicaré gustoso. Mis amigos y yo pensamos que nosotros no ganaríamos nada si lo matásemos.

—Gracias, José, eres muy generoso.

—No me ha dejado terminar. Para nosotros vale más otra cosa que su vida.

—¿El qué?

—Los veinticinco millones de dólares con que se fugó de nuestro país.

—Queréis el dinero, ¿eh?

—Sí, mi general. Hasta el último centavo... Nosotros recuperaremos ese dinero y lo llevaremos a nuestra patria.

—No estoy muy seguro de que vuestra intención sea ésa, pero de todas formas no puedo ayudaros... Recuérдалo, he perdido la memoria.

—Deje ese cuento ya.

—No es ningún cuento.

—Claro que sí, lo inventó para una ocasión como ésta... Usted es un tipo listo, general, lo fue desde que era muy joven. Nadie en toda América del Sur subió tan alto como usted en tan poco tiempo. Los historiadores se van a ocupar mucho de usted, general, pero confórmese con eso, con ser un gran personaje. Denos a nosotros el dinero.

Bruno no tenía la menor idea de dónde podía estar aquel dinero, pero estaba seguro de que, si continuaba negando eso. José y sus esbirros le darían tormento para arrancarle el supuesto secreto.

—Está bien, creo que he perdido.

—Seguro, general.

Bruno se puso en pie, calzóse los zapatos y fue a dirigirse hacia la puerta.

—Eh, general, quédese quieto.

—Quieren el dinero. ¿O han cambiado de idea?

—¿Dónde está?

—Los iba a llevar hasta él.

—Primero díganos dónde está.

—En el sótano.

José miró a sus dos compinches mientras esbozaba una sonrisa.

—Ya os dije, muchachos, que el general sería un hombre muy comprensivo.

Uno de los otros hombres era alto, de rostro bien parecido. El otro era más bajo, de cuello alargado y labio inferior colgando. Por su aspecto parecía un retrasado mental. Su mano movía nerviosamente la pistola.

Bruno había pensado que éste era el más peligroso del trío.

—Está bien, general —dijo José, el jardinero—. Le acompañaremos al sótano, pero si encontramos algún criado en el camino, será mejor que no diga nada. Lo balearemos a él y luego a usted.

—Les advierto que si me balean antes de llegar al sótano, no encontrarán nunca el dinero. No lo encontrarían, aunque estuviesen un millón de años picando con pico y pala.

Lo dijo con mucha seguridad, para impresionarlos.

—Adelante, general.

Bruno abrió la puerta y salieron al corredor.

Bruno no tenía la menor idea de dónde pudiese estar el sótano. Sólo había dicho aquello para salir de la habitación.

Se encaminó hacia la escalera con paso decidido.

Antes de llegar a la esquina se revolvió como una centella y tiró un puñetazo a la cara de José.

Hizo blanco y José se desplomó sobre sus dos compinches.

Luego Bruno echó a correr de nuevo hacia su dormitorio, abrió la puerta y se metió dentro en el momento que sonaba un disparo.

La bala hizo astillas un trozo del marco.

Corrió hacia el balcón y se descolgó al jardín.

Cayó entre unos arbustos y dio vueltas.

Desde el balcón hicieron disparos.

Oyó la voz de José.

—Vamos, muchachos. No puede escapar. El portón está cerrado.

Bruno debía conservar su ventaja. Echó a correr hacia el portón.

Se arañó los tobillos con las ramas que encontró a su paso.

Llegó al portón que, efectivamente, estaba cerrado.

A su espalda se produjo un fogonazo.

La bala chocó contra los barrotes.

Ya había abierto y se coló por el hueco.

En un minuto llegó al lugar donde había dejado el auto de Hope, montó en él y lo puso en marcha. Se alejó da la villa apretando a fondo el acelerador.

CAPÍTULO VIII

En Jackson, Louisiana, el general Fernando Romero gritó por teléfono.

—¡Cliff, te pago quinientos dólares a la semana para que tengas un poco más de seso en la cabeza!

—General, no sé cómo pudo escapar de Lake City y llegarse a Miami.

—El caso es que está en Miami.

—Si, yo también me enteré del atentado que sufrió en la villa.

—Salió ileso y eso quiere decir que habremos de matarlo nosotros.

—Nuestro hombre se metió en el avispero general, lo pueden matar en cualquier momento.

—Eso no me sirve a mí. Bruno ha demostrado ser un tipo muy escurridizo, demasiado para que yo pueda estar tranquilo.

—No se preocupe. Los muchachos y yo salimos para Miami y nos encargaremos de todo.

—Yo también voy a ir allí.

—¿Usted, general? ¿No sería mejor que se quedase quieto en esta ciudad hasta que su doble dejase de existir?

—He de ir necesariamente y no hace falta que te explique el motivo.

—Está bien, general. ¿Dónde se hospedará?

—En un hotelito de la bahía de Biscayne. Calle Lunamar, 664. Mi nombre es Manuel Esparraguera.

—Está bien, general. Pasaré a verlo en cuanto tengamos alguna novedad.

—Cliff, recuérdalo, la única novedad que me tienes que dar es la muerte del muchacho.

—Sí, Excelencia.

Romero colgó.

Marjorie Georgia Ana rió desde el diván donde estaba tendida.

—Querido, ese chico, Bruno, está resultando más hueso de lo que imaginábamos.

—Tú lo elegiste, estúpida.

—Eh, ¿por qué, te pones así conmigo...? No iba a coger a un anciano de sesenta años para hacerlo pasar por ti... Admitiste que elegí al mejor. ¿O es que te vas a volver atrás ahora?

—Disculpa, nena, estoy un poco nervioso.

—Yo no comprendo tu nerviosismo. Sabemos que Bruno está en Miami y es el peor sitio para su salud.

—Sí, creo que tienes razón, no durará mucho.

—Y ahora dime, general, ¿por qué tienes que ir a Miami?

—Mañana, en la villa de la calle Lunamar, recibiré a un hombre.

—¿Para qué?

—¿No lo has imaginado?

—No, querido.

—Huí de mi país con veinticinco millones de dólares, pero una parte de ellos son joyas.

—Oh, sí, me prometiste que me enseñarías las joyas para que yo eligiese.

—Mañana tendrás oportunidad de escoger.

—Ya entiendo, ese hombre con el que estás citado te va a comprar las joyas.

—Sí, Marjorie. Valen dos millones, pero pagará sólo uno. El es quien va a hacer el gran negocio.

—Tampoco es malo para ti.

—Hay pensamientos que me gustaría que los callases.

—Perdona, querido. ¿Cuándo salimos para Miami?

—Mañana. —Romero se quedó pensativo—. Espero que para entonces Bruno Shelby esté muerto.

* * *

Bruno Shelby aminoró la marcha del auto.

Una multitud entorpecía la calle.

Tenía puestas otra vez sus gafas negras y el sombrero bajado.

Un agente de tráfico acudió junto a él.

—Tiene que dar la vuelta, amigo.

—¿Qué pasa?

—Estos tipos parece que se hayan vuelto locos... Pasan una película en ese cine, basada en la vida del general Romero. Los compatriotas del general han venido aquí para vociferar.

—Imagino que el film será contra el general Romero.

—Claro que sí. Si no fuese así, habrían incendiado al local.

—Gracias, agente.

Con no poca dificultad, hizo dar vuelta al auto y lo metió por un callejón oscuro. Estacionó allí y regresó a la calle.

Echó los hombros hacia adelante y se subió el cuello de la chaqueta. Con las manos en los bolsillos y arrastrando un poco los pies, pensó que sería difícilmente reconocible como el general Romero.

Las taquillas del cine estaban cerradas pero había varios hombres que vendían localidades duplicando el precio.

—Señor —se acercó a él uno de los revendedores, un muchacho de cara granujienta—. No se pierda esta película sobre el tirano...

Bruno pagó el importe de la entrada y se metió en el cine, que estaba abarrotado de público. Armaban un ruido infernal, con toda clase de instrumentos, cuernos, trompetas... Media docena de agentes de la autoridad se paseaban por los corredores para evitar las peleas.

Encima de la pantalla habían colocado un cartel en el que se leía:

«Acto organizado por la Junta Liberal Independiente.
Muerte al tirano Romero».

Bruno ocupó una butaca vacía.

—Perdone —dijo una voz femenina—. Me ha pisado el vestido.

Miró a la joven. Parecía americana. Podía tener veintidós o veintitrés años y era muy bella.

—Disculpe —dijo, y se levantó para que ella pudiese sacar la falda.

Volvió a ocupar el asiento y en seguida se apagaron las luces.

El alboroto aumentó en intensidad. Ahora los espectadores golpeaban el suelo con los pies.

El título del film era: «Así mueren los valientes». Estaba dirigido por un norteamericano y la voz de un locutor dijo:

—Este film ha sido montado con trozos de película secuestrados a los partidarios del general Fernando Romero y es dedicado a todos los pueblos sojuzgados del mundo.

Empezó el film.

Apareció el general Romero cuando luchaba en la oposición, arengando a sus partidarios. Entre los espectadores empezaron a oírse las voces de «Asesino», «Criminal», «Embustero»...

A continuación, pasaron las escenas de los tres días que el general utilizó para dar su golpe de Estado. Se luchaba, en las barriadas, detrás de los autos... El cameraman había fotografiado los cadáveres de las aceras, en las calzadas, en el interior del palacio de Justicia, uno de los últimos reductos del Gobierno.

Luego del triunfo del general Romero, aparecieron algunas escenas de los juicios sumarísimos en que el vencedor zanjaba sus cuentas con sus enemigos... Finalmente, Bruno vio al general Romero igual que lo había visto con anterioridad en aquella fotografía de Bakewell.

De pronto apareció en la pantalla una mujer de unos treinta años, de rostro muy bello.

El público se puso a vociferar, a aplaudir. El locutor dijo:

—«Ésta es María García, la esposa del general Romero, víctima de su propio marido. Hoy en la oposición, se ha convertido en el más ardiente enemigo del hombre que la repudió».

Bruno miró atentamente a aquella mujer que supuestamente había sido su esposa. No, no la recordaba en absoluto. Desde que entró en el cine estaba sumergido en un mar de confusiones. Todo aquello era nuevo para él. Cada vez estaba más convencido de que jamás había luchado contra un Gobierno, organizado una revolución.

Luego apareció el general Romero, dueño del país, de *smoking*, recibiendo a los ministros plenipotenciarios de otros países, en recepciones, inauguraciones...

El público empezó a aplaudir.

A Bruno le extrañó que estuviesen aplaudiendo al general

Romero, que estaba soltando un discurso.

No, no era al general Romero, sino a una mujer que había entrado en un palco.

Se encendieron las luces, interrumpiéndose la proyección del film.

Entonces Bruno comprendió el motivo de aquel alboroto. Había llegado a uno de los palcos la ex esposa del general Romero. La acompañaban algunos hombres.

María García sonrió a los espectadores y levantó las manos.

Eso hizo que los aplausos se convirtiesen en una ovación cerrada.

Pasados dos minutos, se apagaron otra vez las luces y continuó la proyección de la película.

Bruno no quiso ver más.

Abandonó su butaca y se dirigió hacia la calle.

Estaba cruzando el vestíbulo cuando dos hombres que estaban apoyados en la pared le interrumpieron el paso.

—Quédese ahí quieto, general Romero.

Bruno miró a los dos tipos. Eran morenos, de ojos muy negros. Se cubrían con trajes de hilo blanco y sombreros de paja. Los dos tenían aspecto de pistoleros.

—Se equivocan, amigos.

—Claro que sí —dijo el más delgado—. Usted se miró al espejo hoy y se encontró cierto parecido con el general Romero. Entonces se enteró de que aquí se iba a celebrar un acto en su honor y, decidió ocupar el sitio del homenajeado.

—No sé de qué me habla.

—Nosotros le enseñaremos.

Bruno comprendió que sólo tenía una solución; golpear a aquellos hombres, salir por la puerta y correr hasta el callejón donde había dejado el auto.

—No intente eso, general Romero —dijo el que había hablado con él—; mire la puerta.

Bruno miró a donde le decían y vio a otros dos hombres.

—No puede escapar, general.

—¿Qué quieren?

—Escuche esto, general. Ahí en la calle hay dos centenares de patriotas. Si ellos supiesen quién es usted, lo despedazarían.

Bastaría que uno de nosotros dijese; «Ahí tienen al general Romero», para que llegase su última hora... Pero tiene un medio de seguir viviendo.

—Entiendo, he de ir con ustedes.

—Continúa siendo un hombre inteligente, general.

—¿Y qué pasará luego?

—Se lo explicaremos cuando estemos lejos de aquí.

Bruno miró de nuevo a la otra pareja de tipos que estaban en la puerta. Uno de ellos tenía la mano cerca de la axila.

—Está bien, muchachos, iré con ustedes.

—Échese el sombrero sobre la cara y arrastre un poco las piernas, como cuando llegó.

—Así que, fue entonces cuando me descubrieron...

—Este amigo mío. Francisco, tiene motivos para no olvidarlo a usted. Mató a tres de sus hermanos.

Bruno miró a Francisco. Sus ojos eran como trozos de cristal y el labio inferior le colgaba, mostrando los dientes cortantes, como los de un lobo.

—Luis —dijo—. Deja que lo mate aquí mismo. Le meteré tres balas en la barriga como prometí...

—Cálmate, Francisco.

—¿Cómo quieres que me calme teniendo al puerco delante?

Fue a sacar la pistola, pero Luis lo tomó por el brazo.

—No hagas una tontería, Francisco. Recuerda que estamos cumpliendo una misión, que por encima de nosotros están los jefes y les debemos obedecer.

—Tienes razón. Además, ya habrá tiempo para todo...

—En marcha, general —dijo Luis.

Los cuatro hombres lo rodearon y dos de ellos, los que estaban en la puerta, hicieron de punta de lanza para abrirse paso entre los patriotas.

—Eh, general —dijo Luis—. Mire eso.

Entre las cabezas emergía la figura de un muñeco de trapo que habían vestido con uniforme. El muñeco tenía un cartel en el que se leía: «Colgaremos al verdadero».

Poco después los cinco hombres entraban en un auto negro que se puso en marcha en seguida.

Bruno fue a sacar un cigarrillo del bolsillo.

—No hagas eso, general —dijo Luis.

—No estoy armado.

—Deje que lo compruebe.

Luis lo registró hasta las vueltas del pantalón.

—General, es usted muy atrevido —sonrió—. De modo que vino al cine sin escolta y sin pistola... Quizá se le ocurrió llegarse para pronunciar un discurso y convencerlos de que es usted el número uno entre todos los patriotas.

—Quise convencerme que el de la pantalla era yo.

—¿Qué quiere decir?

—Que no soy el general Romero.

—Por favor, general, cierre la boca, ¿quiere...? Francisco le tiene ganas, ya lo oyó, y si usted empieza a hacer el cínico, creo que no podré evitar que él apriete el disparador.

Bruno guardó silencio durante el resto del viaje.

Dejaron el auto en una cochera.

—General —dijo Luis—. Quizá se encuentre incómodo en esta casa. Usted está acostumbrado a los palacios, pero sabrá disculparnos.

Entraron en la casa y lo llevaron a una habitación donde había una cama, una mesilla de noche y un lavabo. También había una silla.

—Siéntese, general.

Bruno se sentó.

La lámpara de arriba proyectaba el haz de luz justamente sobre su cabeza.

Empezó a sudar.

Nadie rompía el silencio. Dos de los hombres se paseaban a su alrededor trazando círculos en dirección opuesta.

Ya habían empezado el tratamiento. Querían hacerle hablar.

—Oye, Luis...

—Silencio, general.

Bruno asintió con la cabeza.

Al cabo de quince minutos, los hombres que trazaban el círculo cedieron su lugar a Francisco y Luis, que se pusieron a hacer lo mismo, dar vueltas alrededor de Bruno.

Llevaban así una hora cuando oyeron fuera el motor de un auto. Poco después se abrió la puerta.

Entraron un hombre y una mujer.

Bruno identificó en seguida a la mujer. Vista de cerca, la ex esposa del general Romero era mucho más sugestiva.

CAPÍTULO IX

El hombre que acompañaba a María era alto, rubio, muy guapo.

Se dirigió hacia Bruno y le tiró el puño a la cara.

Bruno dobló la cabeza pero no pudo evitar que el puño del rubio lo golpease en el cuello.

Cayó en el suelo, arrastrando la silla consigo.

—Déjalo, Marcial —dijo María García.

Sin embargo, el rubio avanzó sobre el hombre que creía el general y le soltó un patadón.

Bruno lo atrapó por el tobillo y lo retorció.

El rubio lanzó un aullido y se desplomó en el suelo.

Bruno gateó sobre él pero Luis se interpuso, apuntándole con la pistola entre los ojos.

—Quieto, general.

El rubio se levantó soltando imprecaciones.

—Silencio —ordenó María.

Bruno se pasó la mano por la sudada cara.

—Bien venido, general —dijo María—. Cuando Francisco me dijo que estabas en el cine, no quise creerlo, hasta que te vi en una butaca, y entonces ya no dudé que era cierto. Me he preguntado todo el rato si eso fue un alarde de valor o es que te has vuelto loco.

—Ni una cosa ni otra —contestó Bruno—. No soy la persona que usted cree, María.

—¿No eres el general Fernando Romero?

—No, señora, no lo soy.

Luis intervino:

—Eso ya lo dijo en el auto mientras lo traíamos aquí.

—Podías inventar otra cosa, querido.

—Les he dicho la verdad. No soy el general Romero. El

verdadero general, su ex marido, me utilizó para engañarlos.

—¡No lo soportaré más, María! ¡Este tipo es un canalla!

Déjame que lo llene de plomo... Será mejor para nosotros. Enseñaremos su cadáver a los periodistas para que lo fotografíen y tú, María, podrás sacar los beneficios... Bastará que te llegues a nuestro país para que te acojan como la más grande patriota de nuestra historia. Tendrás el pueblo a tus pies...

—Hay algo muy importante que él tiene —contestó María—. El dinero... Os lo repetí muchas veces. Necesitamos esos millones de dólares para nuestra campaña. Si lo matásemos sin haber conseguido el dinero, pensarían que hay algo sucio en todo esto, que nos quedamos con los dólares...

Francisco guardó silencio y se retiró unos pasos.

—Gracias, María —dijo Bruno.

—No me las des todavía. Ya has oído por qué has salvado la vida. Queremos el dinero y las joyas.

—Yo no tengo nada de eso, ni el dinero ni las joyas... Pregunten al auténtico general Romero.

—Querido, te voy a conceder un par de horas para que reflexiones.

Francisco intervino.

—¿Por qué has de concederle dos horas?

—El general siempre ha sido un hombre que ha necesitado algún tiempo para tomar una decisión. Lo tenemos en nuestro poder y él lo sabe. Estoy segura de que con un poco de tiempo sabrá lo que le conviene... Te volveré a ver dentro de un rato, querido.

María salió de la habitación, pero el rubio se quedó allí dentro.

Bruno vio a Marcial dirigirse hacia él golpeando el puño derecho contra la palma de la otra mano.

—General, vamos a empezar nuestro trabajo...

Bruno sabía lo que quería decir y se arrojó sobre él.

Dos hombres habían sacado cachiporras y uno de ellos lo cazó en el hombro, pero el otro falló.

Bruno atrapó al rubio por el cuello y cayó con él en el suelo. Lo golpeó en la boca y se revolvió, estrellando el otro puño contra la cara de uno de los esbirros.

Pero eran demasiados para él. Lo golpearon en la cabeza y en el cuello con las cachiporras.

Se desplomó sintiendo náuseas.

Luego lo alzarón tomándolo por los brazos.

El rubio Marcial lo golpeó en la cara con furia salvaje, haciéndole perder el sentido.

Lo recuperó al cabo de un rato. En su boca sentía el sabor acre de la sangre.

El rubio lo tomó del cabello y le echó la cabeza atrás.

—Mírame, general. ¿Dónde están las joyas?

—En una cueva.

—¿Qué cueva?

—La de Alí Babá.

El rubio lo abofeteó.

—Tus chistes son muy buenos, pero cuando acabemos contigo habrás perdido tu buen humor.

Ahora más que nunca, Bruno tuvo la impresión de que su cara la habían hecho con trozos de corcho.

El rubio se cansó de pegarle y se alejó de él.

—Llévenlo al sótano.

No podía valerse por sí mismo y lo arrastraron por un corredor.

Oyó el chirrido de una puerta.

—Tírenlo ahí —dijo Marcial.

Lo empujaron y rodó por una escalera. Al fin llegó abajo y, mientras se cerraba la puerta, oyó las risotadas de sus verdugos y la voz del rubio.

—Conquistala, general. Seguro que también se enamora de ti. Siempre tuviste éxito con las mujeres.

La puerta terminó de cerrarse.

Bruno quedó boca arriba, mirando a un techo que rezumaba humedad. Una bombilla pendía de allí hiriéndole los ojos.

De pronto oyó pasos.

Se incorporó, volviendo la cabeza. Entonces comprendió las últimas palabras del rubio. No estaba solo en el sótano. Le hacía compañía una joven de unos veintitrés o veinticuatro años. Era muy bonita, a pesar de que tenía la cara sucia. Se cubría con una blusa desgarrada por el escote y por el hombro y con una falda negra.

Ella lo miró fijamente, los ojos muy abiertos.

—Casi me matan —dijo Bruno.

La muchacha hizo un gesto de desprecio.

—Deberían haberlo matado, general.

—¿Quién es usted?

—¿No se acuerda de mí?

—No. No la he visto en mi vida.

—Estuvo dos veces en mi casa allá en nuestro país. Soy Elena Durango.

—Perdone, pero a mí no me dice nada ese nombre.

—Tiene usted la piel muy dura. Soy la hija del hombre que usted engañó... Mi padre es Lucas Durango, el hombre más demócrata de nuestra patria. Usted lo engañó miserablemente para que lo ayudase en su revolución. Le dijo que nuestro país sería una democracia y mi padre cometió un error al creerlo, pero no piense que me engañó a mí.

Bruno se cubrió la cabeza. Todos aquellos tipos estaban locos. Formaban fracciones, partidos, y se decían los salvadores del país y blasonaban de ser patriotas, pero todos echaban mano a los peores procedimientos para ser dueños del poder.

—¿Dónde está su padre?

—¿No lo sabe?

—No.

—No va a adelantar nada con su hipocresía, general.

—Elena, quiero pedirle un favor. Hable conmigo como si yo fuese otro hombre, quiero decir como si no fuese el general Romero.

Ella lo miró en silencio.

—¿Por qué he de hacer eso, general?

Bruno se armó de paciencia. Su sino era contar una y otra vez su historia. Pero ¿qué más daba? Tenía mucho tiempo por delante. ¿O tendría muy poco...?

Cuando hubo terminado una vez más su relato, la hermosa prisionera reflejaba en su cara un gran escepticismo.

—¿No me cree, Elena?

—No puedo.

—Haga un pequeño esfuerzo... Concédame ese favor. Soy un prisionero como usted, ¿por qué no hemos de franquearnos?

—Está bien.

—Conteste ahora a mi pregunta.

—Mi padre ha sido elegido jefe del Gobierno de nuestro país hace una semana. El pueblo está a su lado, pero tiene que hacer

frente a muchos enemigos. El mayor de todos es María. Ella se presenta como una demócrata con esa Junta Liberal Independiente, pero en realidad es tan déspota como su ex esposo. Por algo se casaron, aunque luego el general se cansase de ella... Están preparando un asalto al poder y el primer paso ha sido mi secuestro.

—¿Dónde la secuestraron?

—En mi propia casa. Un comando de María se llegó allí. Asaltó nuestra hacienda. Mi padre rehusó vivir en el palacio, pero no estaba en casa porque, en aquel momento, celebraba una reunión de ministros. Me metieron en una lancha y me trajeron a Miami.

—Ya entiendo. María quiere hacer chantaje a su padre.

—Envío un mensaje a papá. Si mañana noche no ha presentado la dimisión con todos sus ministros, me matará.

—Comprendo. María quiere hacer una doble jugada; la matará a usted y acabará conmigo. Con eso se ganará a todo el país... Mi muerte le dará la publicidad que necesita para erigirse en salvadora de la patria, y, además quiere el dinero que supuestamente yo debo tener.

—Me temo que lo va a conseguir todo.

—¿Su padre la va a dejar morir?

—Espero que lo haga.

—Su padre no hará eso.

—Claro que lo hará. No puede sacrificar el bienestar y la libertad de su país por su hija.

—Es muy valiente, Elena, pero, tal como están las cosas, ¿no cree que con su muerte no va a impedir que María logre lo que se propone?

—Es posible. Tal vez María lo consiga gracias a usted. No le ha confesado el lugar donde guardó el dinero, pero la próxima vez...

—Elena, le repito que no puedo decirle a María dónde guardé el dinero porque no lo sé. Me matarán y no podré hablar... ¿Se da cuenta? Le repito que para mí cada vez están más claras las cosas. No soy el general Romero.

—¿Cómo lo sabe?

—Llámelo instinto, si quiere, pero es así... Los hombres que me acompañaban antes de que ocurriese el accidente en Lake City, hablaron de que yo había estado en un hospital. ¿Y si me llevaron

allí para prepararme?

—Suponiendo que esté en lo cierto, no le servirá recordar quién es. Me temo que María precipitará los acontecimientos en las próximas veinticuatro horas.

—Hemos de salir de aquí.

—No sabe lo que dice. Eche una mirada por el sótano. Sólo existe ese ventanal por donde nos llega el aire, y está protegido por unos buenos barrotes. ¿Qué se le ocurre?

—¿Cuántos vienen aquí cada vez que abren la puerta?

—No menos de una pareja, pero arriba se queda otro y maneja una metralleta.

—¿Cuándo traen la comida?

—No tardarán mucho.

—Ése será el momento. ¿Estás de acuerdo? —La tuteó ahora.

—Sí, no tengo más remedio que estarlo. Nunca me gustó la idea de morir sin defenderme.

Bruno trató de levantarse.

Ella le ayudó y quedaron muy cerca.

Bruno dio unos pasos por la estancia llevándolo ella del brazo.

—Esos tipos pegan bien.

—Son unos asesinos... María sabe elegir bien a su gente.

—Escucha, Elena, me tiraré en el suelo para que crean que estoy molido, es necesario confiarlos un poco...

—Sí... ¿cómo debo llamarte?

—Scott.

—¿No has recordado en ningún momento nada?

—No —el sonrió.

—¿Por qué te sonríes?

—Porque empiezas a creer que digo la verdad.

—No lo sé...

—Anda, suéltame, necesito andar solo.

Ella lo dejó libre y él se movió de un lado a otro de la estancia. Le dolían los hombros, los riñones, pero se trataba de salvar su vida.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí, Elena?

—Cuatro días.

—¿Te torturaron?

—Un poco... Quisieron que escribiese una carta a mi padre. Yo me negué. Entonces me dejaron con un hombre con uno de los más

canallas, un tipo llamado Pietro. Me golpeó varias veces... Me amenazó con lo peor. Entonces pensé que, de todas formas, mi padre iba a cumplir con su país, aunque yo le escribiese.

—Escribiste y te libraste de Pietro.

—Sí, al menos por el momento.

—¿Pietro viene aquí siempre?

—Sí, es el que se queda arriba con la metralleta. Uno de los otros dos me dijo que Pietro la maneja muy bien. Es por lo que tengo miedo de que fracasemos.

—Valdrá la pena el fracaso si hemos de seguir aquí.

—Sí, Scott... Quizá debí intentarlo yo y así los habría obligado a que me matasen.

—Pero entonces no te habría conocido.

Se miraron a los ojos en silencio.

De pronto se oyó un ruido en la puerta.

—Ya vienen —dijo Elena.

Bruno se tendió boca abajo en el momento en que la puerta se abría.

CAPÍTULO III

Bajaron dos hombres por la escalera.

Elena vio al otro, a Pietro, arriba, con la metralleta apuntando al suelo.

—Nena —dijo Pietro—. ¿Te gustó la compañía?

—Aborrezco al general Romero tanto como ustedes. Casi lo mataron. Continúa desvanecido desde que lo trajeron.

Uno de los hombres que bajaron portaba dos platos con comida, patatas hervidas.

—Aquí está el rancho, muchacha. Si el general Romero no tiene apetito, doble ración para ti.

—Es muy amable, pero ¿por qué no se cerciora de si continúa vivo?

—¿No lo comprobaste tú?

—No quiero tocar a ese traidor con mis manos. Háganlo ustedes, es su deber, y si está muerto, por favor, llévenselo.

El hombre que traía la comida dejó los platos sobre un cajón y el otro avanzó sobre el cuerpo inmóvil de Bruno.

Puso una rodilla en tierra y se agachó sobre él para pasarle una mano bajo el pecho.

Fue entonces cuando Bruno lo atrapó por el cuello y tiró de él.

—¡Apártate, Hernán! —gritó Pietro desde lo alto al darse cuenta de que todo era una trampa.

Se refería al que había traído la comida y que se interponía entre los dos hombres que luchaban en el suelo y él, Pietro.

Bruno logró apoderarse de la pistola del hombre con el que forcejeaba.

Sabía que el mayor peligro procedería de Pietro.

Apuntó hacia arriba e hizo fuego.

Pietro recibió el balazo en el pecho.

Entonces Pietro envió una ráfaga hacia abajo.

Las balas atraparon a Hernán partiéndolo en dos, y Pietro rodó por la escalera.

Bruno golpeó con la pistola al hombre del que se había valido para llevar a cabo su estratagema, el cual rodó por el suelo sin conocimiento.

Elena ya tenía en la mano la pistola de Hernán.

Bruno corrió hacia la escalera y se apoderó de la metralleta.

El hombre chocó contra la pared convertido en un pingajo lleno de plomo.

Salieron al vestíbulo de la casa.

Arriba, en lo alto de una escalera, aparecieron dos hombres.

Bruno disparó y los fulanos desaparecieron empujados por los proyectiles.

Elena ya había abierto la puerta de la casa.

—Hay un auto al pie de la escalera —dijo.

La joven se precipitó hacia el vehículo.

Bruno no dio la espalda para salir. Envío otra ráfaga hacia lo alto de la escalera para impedir que lo siguiesen.

—Tiene puestas las llaves de contacto —dijo Elena.

Cuando se alejaban de la casa en el auto, Bruno vigiló a su espalda.

—Nadie nos sigue.

Al cabo de un rato, la joven dio un suspiro.

—Creo que logramos escapar.

Bruno dejó la metralleta a sus pies, sacó un cigarrillo y lo encendió.

—¿Tienes algún sitio dónde ir, Elena?

—Sí, y tú vienes conmigo.

—¿Dónde es?

—Mi padre tiene agentes en Miami. Ya sabes, aquí hay miles de nuestros compatriotas y el gobierno ha de conocer sus manejos.

Fueron a un bar llamado «Carmelita», pero no entraron por la puerta principal, sino por otra a la que se llegaba adentrándose en un oscuro callejón.

Subieron una escalera y arriba vieron una puerta en la que Elena dio tres golpes.

Tardaron un poco en abrir.

—Señorita Elena... —exclamó un hombre de unos cincuenta años al ver a la joven.

—¿Como está, señor Vargas?

Vargas abrazó a Elena y la besó en la mejilla.

Entonces descubrió a Bruno tras de la muchacha, y sus ojos se desorbitaron. Retrocedió porque Bruno tenía la pistola en la mano.

—Cálmese, Vargas —dijo Elena—. El no es el general Romero.

—¿Quién dice que no lo es?

—Le ayudé a escapar de María García. Pase, Scott.

El hombre llamado Vargas miró atentamente a Bruno.

—¿Está segura de que no es el general?

—Sólo es un doble de él.

A continuación, la joven contó a Vargas la hipótesis de Bruno, de que el auténtico Romero se había valido de él para sus fines.

—Espero que no se equivoque, Elena.

—¿Qué me dice de mi padre?

—Me envió un mensaje comunicándome su secuestro, pero no lo hizo sino a última hora. Destiné unos cuantos hombres para investigar, pero no adelantamos nada.

—¿Quiere mandar un telegrama a mi padre?

—Me ocuparé de eso ahora mismo.

Vargas dirigió una mirada de recelo a Bruno.

Cuando los jóvenes quedaron a solas, Bruno dijo:

—No lo ha creído. Sigue pensando que soy el general Somero.

—Debes admitir que es difícil que los demás crean lo que dices.

Al cabo de un rato, regresó Vargas.

—Ya he puesto el telegrama, Elena.

—Gracias, señor Vargas.

—He doblado la vigilancia de la casa por si los siguieron.

Bruno denegó con la cabeza.

—No vi nadie detrás.

—Nunca se sabe... A veces la traición está bajo el mismo techo que uno... Disculpen, me disponía a cenar, siempre \o hago tarde. ¿Quieren acompañarme a la mesa?

—Elena no cenó, pero yo sí. Si me lo permite, señor Vargas, quisiera descansar un poco.

—Está bien, sígame.

—Buenas noches, Elena —dijo Bruno.

—Que descanses, Scott.

Vargas y Bruno fueron a una pequeña habitación donde había un camastro.

Bruno esperó que saliese Vargas pero éste se había quedado inmóvil junto a la puerta.

—No saldrá de aquí vivo, general, de modo que renuncie a escapar. He dado órdenes a mis hombres para que continúe siendo nuestro huésped.

—Sigue pensando que no digo la verdad...

Bruno sacó su pistola del bolsillo.

—Puede matarme, general, pero con eso no adelantará nada. Le repito que no saldrá vivo de aquí.

Bruno le arrojó la pistola, que Vargas cazó al vuelo.

—Tengo ganas de dormir, Vargas, ¿por favor, quiere dejarme solo?

Vargas quedó perplejo.

Bruno se despojó de los zapatos y se tendió en la cama.

—Ah, señor Vargas, si cree que me queda algún arma, puede registrar mi chaqueta.

—Gracias, me tomaré esa molestia. —Vargas registró la chaqueta de Bruno, pero no encontró ningún arma.

—Mañana, con el nuevo día, nos ocuparemos de su caso, Scott. ¿Le gusta más así?

—Sí, mucho más.

—Espero que no le moleste que lo encierre con llave, pero quiero tomar precauciones para que mañana esté aquí.

—Por mí puede cerrar con llave la puerta y poner un tanque en el corredor... Hasta mañana, señor Vargas.

Vargas salió de la habitación y cerró desde la otra parte con la llave.

Bruno sonrió. Estaba muy cansado. Sentía deseos de dormir.

No tardó en quedarse dormido.

Sonó que estaba en una estación de servicio. Era extraño. El era un empleado de la estación. Llegó un auto y él llenó el tanque de gasolina. Luego apareció una pelirroja... Era una mujer muy seductora, con mucho encanto. Pensó en lo hermoso que sería salir con ella, bailar, pasar el brazo por su cintura, atraerla hacia sí y

arrimarla mucho.

De pronto, en su sueño, oyó una voz.

«—No, muchacho, esa pelirroja no te conviene, es de esa clase de mujeres que traen complicaciones a un hombre».

Era un viejo el que le hablaba.

«—¿Por qué dice eso, Mich?» —le preguntó.

«—Sé mucho de la vida, Bruno».

«—Repita ese nombre».

«—Bruno».

«—Otra vez».

«—Bruno».

Se despertó bañado en sudor.

¿Qué nombre había dicho aquél, Mich? El suyo verdadero. Sí, él se llamaba Bruno Shelby, se dirigía a California, tuvo una avería en su auto, llegó a una estación de servicio... Mich le ofreció un puesto... La pelirroja... Oh, sí, ¿cómo se llamaba?... Tenía nombre de un estado de la Unión... ¿Virginia?... No, Virginia no era... ¡Georgia!... Eso era, Georgia...

Entonces empezaron a pasar por su mente todas las escenas.

Sí, durante la segunda vez que Georgia fue a la estación, ella le sugirió que podían verse en la ciudad, en un bar. Conversaron y entonces ella le contó su historia. Un hombre la estaba haciendo chantaje, su jefe, porque la sorprendió robando el dinero de la caja... Georgia necesitaba la ayuda de un hombre, alguien que ajustase las cuentas a aquel bastardo que se había aprovechado de ella haciéndole escribir una confesión que nunca le devolvía. Pero él era todo un caballero y prometió ayudarle. Ella, como compensación, se ofreció a llevarlo a California... Fue a la casa... entró...

Tuvo la impresión de que la cabeza le daba vueltas. La sujetó con sus manos y apretóse fuertemente las sienes.

Cuando entró en la casa, cuya dirección ella le había dado, lo estaban esperando dos hombres. Luchó con ellos pero perdió. Cuando despertó, estaba en un coche viajando en compañía de Bakewell, Francis y aquel alemán con cuello de toro llamado Otto.

Saltó de la cama, los pies desnudos en el suelo, y se acercó al lavabo.

Quedó rígido al ver su rostro en el espejo. No, aquélla no era su

cara. Se tocó las mejillas, los labios, la nariz... Habían cambiado su cara...

Se echó a reír. Por fin había terminado aquella pesadilla. El era Bruno Shelby, de Nueva York, con una hermana casada en Montreal. Oficinista, vendedor de aparatos domésticos, mozo de una estación de servicio... Sí, también había hecho el servicio militar y no había pasado de soldado. Sin embargo, en unos días había ascendido a general. Aquello resultaba divertido, aunque se había jugado la vida.

Se tendió en la cama y se volvió a dormir.

Oyó un ruido en la puerta y despertó. El sol estaba ya muy alto.

El hombre que había entrado era Vargas.

—Scott, vístase. Lo estamos esperando ahí fuera.

—¿Quiénes me están esperando?

—Salga ahí fuera y lo verá.

—En seguida, señor Vargas.

Cuando Vargas lo dejó a solas, se ablucionó en el lavabo. Cada vez que se miraba en el espejo sentía los mismos deseos de reír.

Salió a la otra habitación y vio a Vargas en compañía de tres hombres.

Todos lo miraron con expectación.

—¿Y Elena? —preguntó.

—No se preocupe por ella. Éste es un tribunal, general.

—¿Qué tribunal?

—El que lo juzgará por los crímenes que cometió.

—Eh, Vargas, he pasado de uno a otro bando y todos quieren hacer lo mismo conmigo; matarme. Ya le dije ayer que no soy el general Romero. Elena le contó mi caso a ese respecto, pero tengo que darles una noticia. Ya sé quien soy. Mi nombre es Bruno Shelby.

—Qué casualidad, justamente se acuerda de quién es cuando le acabo de decir que nos hemos reunido aquí para juzgarlo.

—Ustedes no me pueden juzgar a mí.

—¿Por qué no?

—No soy un compatriota suyo, sino un ciudadano norteamericano.

—Caballeros —dijo Vargas—. Nuestro procesado plantea una cuestión que debemos dilucidar en seguida. ¿Somos o no somos

competentes? Los que den una respuesta afirmativa que levanten la mano.

Los tres hombres levantaron la mano y, por último, lo hizo Vargas.

—Ya conoce nuestra resolución, general. Será juzgado por nosotros.

Bruno dio un salto y abrió la puerta que tenía delante, pero en seguida se quedó quieto porque a la otra parte vio a dos hombres pistola en mano.

—General —dijo Vargas—. Será mejor que conserve la dignidad hasta el fin. Si sale por esa puerta, caerá antes en manos del pelotón de ejecución.

Bruno cerró la puerta y apretó los maxilares.

Ahora ya conocía su identidad y que había sido juguete en manos del auténtico general Romero.

—Señor Vargas, va a cometer un error...

—Por favor, ¿quiere sentarse? Si no obedece tendré que pedir que entren esos hombres.

Bruno ocupó la silla que Vargas le señalaba.

Entonces Vargas se sentó en un sillón teniendo a dos hombres a su derecha y uno a la izquierda.

—Atención. Consejo sumarísimo contra el criminal Fernando Romero. El señor fiscal tiene la palabra.

Se levantó un hombre de mediana estatura, nariz chata y hocico saliente.

—Todos sabemos quién es el general Romero. Durante muchos años ha tiranizado a su pueblo. Vertió sangre de personas inocentes, sus crímenes son incalculables... Miles de compatriotas nuestros han muerto en la cárcel y frente a los fusiles de los verdugos del general, llevando el luto a las familias, a la nación entera... Ha robado el tesoro público, ha empobrecido y arruinado nuestra economía... En la mente de todos está que el general Romero aprovechó su alto cargo en beneficio propio, sin importarle la miseria, la pobreza ni la sed de Justicia de sus conciudadanos... Caballeros, no quiero hacer larga esta exposición. Solícito para el procesado la pena de muerte.

Vargas se dirigió al hombre que estaba a su izquierda.

—El señor abogado defensor tiene la palabra.

Se levantó un tipo alto, moreno, de facciones alargadas.

—He tenido que defender a muchos procesados en mi vida y jamás sentí vergüenza por ello. Caballeros, ésta es la primera vez que mancho mi honor al tener que defender a un tipo que está cubierto de sangre de los pies a la cabeza. Todo cuanto yo dijese en su favor sería ponerme a su altura, convertirme en reo de complicidad. Por ello, caballeros, sólo les pido una cosa. El procesado tiene bastante con una pena de muerte, de modo que solicito le sean conmutadas las demás sentencias y, de esa forma, habréis hecho uso de vuestra misericordia.

Bruno se puso a aplaudir.

—Bravo, abogado, dígame qué le debo.

—La defensa es gratuita.

—Señor presidente, solicito la palabra.

—¡Protesto! —exclamó el fiscal levantándose.

Vargas carraspeó.

—No es usual en un juicio sumarísimo conceder la palabra al reo. Pero dadas las circunstancias y que está muy próximo el momento en que se ha de cumplir la sentencia, diga lo que quiera, general.

—Gracias —dijo Bruno y se puso en pie. Desparramó la mirada por sus jueces—. Caballeros, siento decepcionarlos. Yo no soy el general Romero, sino Bruno Shelby, un modesto ciudadano norteamericano que estaba empleado en una estación de servicio en Louisiana. La amiga del general, una pelirroja llamada Georgia, me embaucó contándome una historia folletinesca...

Vargas levantó la mano.

—Ya ha dicho bastante, general.

Bruno pegó un puñetazo en la mesa.

—¡Le digo que no soy el general!

Vargas se levantó.

—Oiga nuestra sentencia.

—Ahórresela, señor Vargas. Esto ha sido una pantomima de juicio.

—Lo condenamos a morir ahorcado. La sentencia se ejecutará inmediatamente.

—¿De qué rama y de qué encina, señor Vargas?

—Será colgado en la propia habitación donde durmió.

—¿Por qué no me mataron durante la noche?

—Porque preferimos hacer justicia.

—Es el chiste más gracioso que oigo desde que conocí, a la pelirroja.

El hombre que había actuado de fiscal abrió la puerta tras la que se encontraban los hombres de la pistola.

—Muchachos, ya os lo podéis llevar... ¡Ahorcadle!

CAPÍTULO XI

Los dos hombres entraron con la pistola en la mano para hacerse cargo del reo.

En aquel momento, Elena entró en la estancia.

—¿Qué ocurre aquí?

—¿No lo sabes, Elena? —dijo Bruno—. He sido juzgado por los partidarios de tu padre y me han condenado a morir en la horca. De nada ha valido lo que he dicho en mi defensa, que yo soy Bruno Shelby, no el general Romero. Lo recordé todo esta noche, del principio al fin...

—¿Dijiste eso en tu defensa?

—El presidente, el señor Vargas, me interrumpió.

Vargas intervino.

—Elena, este hombre está mintiendo... Ha inventado una historia para el caso de que las cosas se pusiesen feas.

—Señor Vargas, tengo varios motivos para creer a Bruno Shelby, pero usted debe tener al menos uno para concederle un poco de crédito. Este hombre me siguió aquí sabiendo que yo venía en busca de los amigos de mi padre. ¿Cree que si fuese el general Romero habría consentido en acompañarme hasta su presencia?

Hubo un silencio en la estancia. Vargas se masajeó el mentón.

—Sí, eso es un dato a su favor, pero pudo haberse infiltrado para conocer nuestros planes.

—No sea absurdo, señor Vargas —repuso Bruno—. Si yo fuese el general, tendría medios financieros para pagar a una persona que se ocupase de ese trabajo y que fácilmente se habría infiltrado entre ustedes.

El que había hecho de fiscal saltó.

—Te está convenciendo, Vargas. Exijo que se cumpla la

condena. Recuerda la importancia que va a tener para nosotros convertidos en los justicieros de nuestro pueblo, de los miles de seres humanos que el general mandó al paredón sin vacilar...

—La sentencia se mantiene.

Elena fue a protestar, pero Vargas la interrumpió levantando la mano.

—Sólo hay una persona a la que tu protegido puede apelar y me refiero a tu padre.

—El no está aquí para decidir.

—Le mandaré una carta con un mensajero y mañana por la noche tendremos su respuesta. Mientras tanto, el general, Bruno, o quienquiera que sea, permanecerá en su habitación. Es lo más que puedo hacer por él. Muchachos, llévenselo y enciérrenlo.

Elena miró la cara de Shelby.

—Lo siento, Bruno.

—No te preocupes, ya hiciste bastante.

Poco después, Bruno se encontraba en la habitación donde había dormido. Paseaba de un lado a otro como león enjaulado.

A mediodía le entraron la comida, un trozo de carne guisada con patatas y una taza de café. Durmió durante la tarde, despertando cuando ya había caído la noche.

Oyó que se abría la puerta y se enderezó en el lecho.

Vargas entró seguido de Elena y de un hombre que no conocía, un pequeñajo de cara ratonil.

—Míralo bien, Juan.

—Infiernos —exclamó el llamado Juan—. ¿Qué significa esto?

—¿Es el general Romero? —preguntó Vargas.

—Claro que no lo es.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo vi hace media hora.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Ya le he dicho que esta tarde encontré casualmente a Cliff Everly, el asesino rubio a sueldo del general. Eso me pareció muy extraño, de modo que decidí seguirlo. Entró en una villa de la calle Lunamar, en el número 844. Tuve que saltar el muro pero valió la pena. Me acerqué a una ventana y vi al general con esa pelirroja. El general hablaba con Cliff, pero la ventana estaba cerrada y no pude saber lo que decían, por eso decidí venir aquí para darle la noticia.

Bruno exhaló el aire que contenían sus pulmones.

—¿Está satisfecho, señor Vargas?

—De modo que se llama Bruno Shelby...

—Sí, ése es mi nombre.

—Le presento mis disculpas, Bruno, pero su parecido con el general es fantástico.

—El propio general se encargó de eso, ya se lo expliqué... Sólo me utilizó como muñeco del pim pam pum, y no se equivocó. Por dos veces han estado a punto de matarme. Si María García o usted, Vargas, lo hubiesen conseguido, habrían propagado a los cuatro vientos la muerte del general Romero y él viviría tranquilo el resto de su vida con el dinero que robó al país.

Vargas movió la cabeza pesarosamente.

—Sí, tiene razón. El general es el mismo demonio.

—Gracias por todo —dijo Bruno y se abrió paso hacia la puerta.

Conocía el camino por el que había llegado hasta allí el día anterior.

—Espera, Bruno —dijo Elena.

El ya estaba llegando a la puerta que comunicaba con el callejón.

—¿Adónde vas, Bruno?

—Tenía ganas de ir a California y ahora las tengo más que nunca. Quiero perder de vista a todos los patriotas de Miami, al general Romero y a todo lo que está relacionado con esta basura.

—Eres demasiado severo en tu juicio, Bruno. Debes tener en cuenta que todo el mundo se puede equivocar.

—Sí, todos se pueden equivocar, pero no es admisible cuando se trata de la vida de un ser humano, y era mi cuello lo que estaba en juego ahí arriba.

—Está bien. Te deseo un buen viaje.

—Todo lo que dije no va contigo, Elena. Fuiste la única persona en estar a mi favor... Te recordaré mucho.

—Yo a ti también.

—Buena suerte, Elena.

—Lo mismo te deseo.

Bruno salió al callejón y echó a andar, alejándose envuelto en la oscuridad.

Había estado casi veinticuatro horas prisionero, pero, en

realidad, no había dejado de estarlo desde que conoció a la pelirroja en la estación de servicio. No, él no iba a California. Eso le había dicho a Elena, pero por nada del mundo estaba dispuesto a que alguien le quitase su presa, el general Romero. Ajustaría las cuentas con él aunque fuese lo último que hiciese en su vida.

* * *

—¿Dónde está Bruno Shelby, Cliff? —preguntó el general Romero.

—Le traigo noticias respecto a él.

—Habla.

La escena se desarrollaba en el salón biblioteca de la villa número 644 de la calle Lunamar.

La pelirroja Marjorie Georgia Ann estaba en el suelo, sobre una piel de leopardo. Se cubría con un pantalón negro muy ceñido y una blusa verde. Sus pies estaban desnudos. Había puesto seis copas delante de ella. Cada una de las copas contenía un licor. Manejaba con la diestra una cucharilla con la que golpeaba las copas arrancándoles un tañido. De esa forma había logrado un instrumento musical que quería remedar un xilófono.

Cliff le dirigió una mirada y ella se sintió observada y entornó las pestañas. Le gustaba aquel muchacho porque era decidido, y ella tenía su propio plan para el caso de que las cosas se pusiesen feas para el general. Un plan en el que Cliff Everly podría desempeñar uno de los papeles de protagonista.

—Nuestro hombre cayó en manos de su antigua mujercita, María García —informó Cliff—. ¿Sabe dónde lo encontraron? En un cine donde proyectaban un film del que usted es el primer personaje.

—Conozco ese film, ha sido pagado por mis enemigos. —El general sonrió—. Conque María se hizo con él. Imagino que le habrá dado un buen tormento.

—Sí, general. Pagué a uno de los hombres de María y me contó la bonita historia. Lo sometió a tormento para hacerle cantar el lugar donde tenía el dinero. No consiguió nada de él y, Bruno Shelby logró escapar.

—¿Escapó?

—Sí, y no lo hizo solo, sino en compañía de la hija de su mayor enemigo, Elena Durango.

El general alargó la mano y atrapó a Cliff por la solapa de la chaqueta.

—Estás gastando demasiada saliva, Cliff. Dime si Bruno está vivo o muerto.

—A estas horas estará muerto.

—¿Quién lo habrá matado?

—Los propios partidarios de Durango. Sé que lo sometieron a juicio y lo condenaron a muerte. Lo van a ahorcar.

—Eso quiere decir que todavía no lo han ahorcado...

—No, porque esperan la decisión del propio Durango.

Marjorie bostezó.

—Querido, ¿cuándo te vas a dejar la política? Me aburre oír hablar de esos compatriotas vuestros. Ninguno sabe lo que quiere.

—¿Lo sabes tú, querida?

—Claro que sí; yo te quiero a ti y tus veinticinco millones de dólares —al tiempo que decía esas palabras miró a Cliff. Se preguntó si él la entendería.

El general Romero dio un empujón a Cliff enviándolo contra la pared.

—Todo lo prepararé bien, y vosotros lo echasteis a perder.

—Perdone, general, pero debo recordarle que yo no intervine hasta ahora en nada relacionado con Bruno.

—Te dije que lo buscases y lo matases.

—Llegué demasiado tarde a Miami, cuando Bruno había caído en manos de María, y de ella pasó a los agentes de Durango.

Sonó el teléfono.

El general lo tomó de la mesa.

—¿Sí? —Hizo una pausa—. Soy yo... Espere un momento. Hablaré con usted desde otra habitación. No se preocupe, yo marcaré su número. —Romero desconectó el teléfono y se lo llevó consigo.

—Eh, querido, ¿es que no te fías de mí? —dijo Georgia.

—Claro que sí, pero hay ciertas conversaciones que son muy complicadas. No quiero calentar tu linda cabecita con problemas.

Romero salió de la habitación.

—Cliff —dijo Marjorie—. Asoma la cabeza y mira si sube arriba.

Cliff la miró con los ojos entornados.

—¿Es que no me has oído, Cliff?

Cliff afirmó con la cabeza y abrió con suavidad la puerta.

—Sí, ha subido arriba.

—Cierra ya.

Cliff cerró la puerta y miró a la pelirroja. La joven apoyó las palmas de las manos en el suelo, a su espalda, y sus senos se irguieron.

—Acércate, Cliff.

—¿Y si él viene?

—¿A quién tienes miedo, a él o a mí?

—A ninguno de los dos.

—Pruébalo, valiente.

Cliff echó a andar hacia la joven.

Entonces ella se levantó y puso los brazos en jarras.

—¿Desde cuándo me quieres, Cliff?

La nuez de Everly bailó en la garganta. Miraba a la joven sin decir nada.

—¿Cuántas veces has reunido coraje para decirme que estás enamorado de mí?

—Sí, Marjorie, tienes razón. Me he preguntado cuándo te lo diría.

—¿No crees que ya ha llegado el momento?

—Espero que el general te deje. Entonces habrá llegado mi hora.

—Cliff, qué poco hombre eres... Pareces uno de esos tipos a quienes gustan las mujeres de segundo plato...

—¿Eh?

—¿Es que no tienes valor para quitarle al general algo de lo que le pertenece? ¿Yo por ejemplo?

—Nena, no sabes lo que dices.

—Claro que lo sé.

—El general me mataría.

—¿Y por qué no has de matarlo tú antes y quedarte con la mujercita de la que estás enamorado y con su dinero?

—¿Estarías conforme con el cambio?

—Claro que sí.

—Creí que lo querías.

—Te equivocas. Le odio. Me da asco cada vez que me toca, pero

me veo obligada a soportarlo... Tú también le odias, Cliff, pero lo mismo que yo, no tienes más remedio que soportar que él te humille...

—Nunca encontré un patrón que me pagase quinientos dólares a la semana.

—¿Qué te parece cobrar un millón de dólares de una sola vez?

—Nadie sabe dónde tiene el general el dinero y apuesto a que tampoco te lo ha dicho a ti.

—Sí, es cierto.

—Entonces no puede haber trato entre nosotros. Y si me preguntas qué hago con el dinero que gano al mes, te lo explicaré. No me queda un centavo. Tuve una mala racha apostando en el hipódromo.

—Cliff, el general tiene en este momento en la casa joyas por las que le van a pagar un millón de dólares. La llamada telefónica que recibió antes es del reducidor que le va a largar el dinero... Seguro que vendrá esta noche aquí y traerá la pasta... ¿Lo oyes, Cliff? Un millón de dólares.

—¿Estás segura?

—Claro que lo estoy. ¿Por qué crees que se fue a hablar por teléfono arriba? Quiere que ignoremos a qué hora celebrará la entrevista, por si acaso sentimos alguna tentación... Hay otra cosa, querido. El general fletó un avión para marcharnos a Los Ángeles y desde allí iremos a las islas Hawai, de modo que te queda muy poco tiempo para decidir.

—Imagino que el general habrá contado conmigo para ir a Hawai.

—Tú te quedas en tierra y con eso quiero decirte que se acabó tu bonito sueldo de quinientos dólares a la semana.

—El general me necesitará donde quiera que vaya.

—Cuando su doble, Bruno, haya muerto, no correrá peligro. Por añadidura, el general se dejará bigote y se va a teñir el cabello. Con una documentación en regla nadie podrá jamás identificarlo. A partir de ahora, será un honrado sudamericano que se retiró de los negocios para vivir con su linda mujercita; conmigo. Ése es el plan. En su nueva situación no ha de temer a nadie y por tanto, ¿por qué pagar una escolta cuando sus vigilantes podrían levantar la liebre?... No, él, a partir de ahora no te necesitará, Cliff.

Cliff sacó el pañuelo y lo pasó por su cuello.

—¿Qué hay de los otros millones?

—No sé dónde están, aunque imagino que los tendrá en un Banco. Ésos no los podemos tocar, están demasiado lejos de nosotros, pero nos importa un rábano. Sólo hemos de apoderarnos del millón que le van a pagar por las joyas y tendremos bastante para vivir como reyes el resto de nuestra vida.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Esas cosas sólo se le ocurren a una en el momento más oportuno y éste lo es.

—Maldita sea, nos falta tiempo.

—No, Cliff, no nos falta tiempo. Yo sé lo que te pasa a ti, te lo dije antes, le tienes miedo.

—No le tengo miedo.

—O es algo peor que eso. Pánico.

Cliff se humedeció el labio inferior con la lengua.

—Hay dos hombres fuera. He de hablar con ellos.

—¿Para qué?

—No podemos salir sin su colaboración. Les callaré la boca.

—No me digas que le vas a dar una cuarta parte a cada uno.

—Con diez mil se conformarán.

—No me gusta meter demasiada gente en un asunto de esta envergadura. Ya sabes, la ambición es mala consejera.

¿Qué pasa si esos dos chicos quieren obrar por su cuenta y dejarnos con un palmo de narices?

—No digas tonterías. Luke y Ray sólo hacen lo que yo les digo.

—Está bien, si tú crees que su ayuda es necesaria, adelante.

Cliff echó a andar hacia la puerta.

Marjorie fue con él.

Ella abrió y miró la escalera. Todo era silencio. Entonces tomó los maños de Cliff y las pasó por su cintura, invitándolo a que la enlazase.

—¿No sellamos nuestro pacto con un beso, Cliff?

Cliff aplastó su boca contra la de ella.

—Anda, querido —dijo—. Y por lo que más quieras, cuando llegue el momento de proceder, no vaciles un segundo...

—No te preocupes, nena. Ahora irá todo como una seda.

Cliff salió y Marjorie sonrió satisfecha.

Todo en esta vida consistía en mover los peones adecuadamente. Se lo había dicho un banquero que la tuvo durante mucho tiempo, hasta el día que la encontró con su secretario.

Se sentó otra vez en la piel de leopardo y tomó la cuchara.

Arrancó unos cuantos tañidos de las copas.

En aquel momento se abrió la puerta y el general Romero entró en la estancia.

—¿Ya terminaste de resolver tu complicado problema, querido?

—Sí, nena.

—¿Qué era?

—Un agente mío infiltrado entre la gente de Durango me acaba de comunicar que Bruno ha quedado en libertad.

La joven parpadeó.

—¿Cómo ha sido posible?

—Nuestro querido Bruno ha recuperado la memoria.

—¿No será una trampa? ¿Y si te han engañado?

—Vargas nunca me puede engañar a mí.

—¿Te refieres a ese Vargas, el agente número uno en Miami del jefe del gobierno?

—Sí, el mismo.

—De modo que es un traidor...

—Sólo un hombre a quien le gusta mucho el dinero, como a casi todos. Lo compré por una buena cantidad y le sigo pagando por estar a mi servicio... Intentó cargarse a Bruno mediante un consejo sumarísimo, pero cuando lo iban a ahorcar, apareció el hada buena, la hija de Durango...

—Una chica que siempre te llamó la atención.

—Sí, es bonita.

—Pero da la casualidad de que es la hija de tu mayor enemigo y ella te odia. Si te tuviese delante, te escupiría a la cara.

—He domado a otras mucho más bravas que ella.

—Bruno Shelby está libre ahora.

—Sí, pero en cuanto recuperó la memoria, sólo tuvo una idea, largarse a California.

—Un chico muy sensato, teniendo en cuenta la clase de lobos entre los que cayó...

—Sí, Marjorie, tienes razón. Somos muchos lobos y todos perseguimos lo mismo... El dinero y las joyas que yo me llevé...

¿No es eso lo que a ti también te gustaría atrapar?

—Querido, si te tengo a ti, tengo el dinero y las joyas. Así que soy la más comprensiva.

—Oh, sí, lo eres mucho y por eso yo te adoro.

El general se dirigió hacia el fondo de la estancia, donde había una mesa arrimada a la pared.

Sobre la mesa descansaba un florero con un gran ramo de rosas.

Homero apartó el ramo del jarrón y sacó un micrófono provisto de un cable que corría por la pared.

La pelirroja parpadeó asombrada.

—¿Qué es eso?

—Si no lo sabes es que eres tonta. Pero tú no eres tonta, querida. Por el contrario, eres muy lista...

Marjorie inspiró profundamente.

—Habla claro de una vez, general.

—Escuché todo tu diálogo con Cliff. Eres maravillosa... Una gata con mucha seducción. Atrajiste al muchacho.

—¿Crees que no me di cuenta de que coqueteabas con él? ¿Has pensado por un momento que se la podías pegar al general Romero?

Arrojó el micrófono al suelo y se fue acercando poco a poco a Marjorie, quien continuaba sentada sobre la piel de leopardo.

De pronto el general le soltó una bofetada.

Marjorie dio un grito y rodó por el suelo.

Se levantó y echó a correr hacia la puerta, la cual abrió con violencia.

—¡Cliff! —llamó—. ¡Ven aquí, Cliff!

El general estaba en el centro de la estancia, con los brazos cruzados.

—¿Qué le pasa a tu Cliff? ¿Por qué no viene?

Marjorie vio el vestíbulo envuelto en la penumbra.

—¿Dónde está ese estúpido?

—Quizá no lo has llamado demasiado fuerte... Anda, grita...

Marjorie comprendió que, por mucho que llamase a Cliff, no acudiría a su lado.

El general se acercó a Marjorie y ella se retiró por temor a que la golpease otra vez. Pero tenía también otro motivo. El general era muy astuto y la había descubierto, pero ella ya había previsto una emergencia. Guardaba una pistola en su bolso y su bolso estaba

debajo de un almohadón, en el diván. Sólo tenía que llegarse allí, apoderarse del arma y entonces las cosas cambiarían mucho.

El general dejó oír su voz junto a la puerta.

—Muchachos, podéis traerlo.

Marjorie siguió retrocediendo hacia el diván.

Oyó pasos fuera y en el hueco de la puerta aparecieron Ray y Luke. Traían consigo a Cliff, el rubio estaba muerto. Le habían pasado un cordel de plástico, un lazo con un nudo corredizo, alrededor del cuello.

Romero lo atrapó por el cabello y le levantó la cabeza.

—Míralo, Marjorie.

La joven se cubrió la cara con las manos.

—No quiero verlo.

—¡He dicho que lo mires!

Ella apartó poco a poco las manos de la cara y pudo ver al rubio. Sus ojos estaban inyectados en sangre, por la boca asomaba un trozo de lengua y el color de su piel era cárdeno.

—Era un buen muchacho —dijo el general—. Me rindió los mejores servicios... Pero encontró en su camino una mala mujer y ya ves a lo que le ha conducido, a morir en la flor de su vida... Sacadlo de aquí, muchachos... Metedlo en el pozo. Nos iremos en seguida.

Marjorie se estremeció al oír las últimas palabras del general. Se iban a ir, y apostó a que esta vez no acompañaría en su viaje a Romero.

El general cerró la puerta. Se quedó inmóvil enfrentado a la pelirroja.

—Fernando —dijo ella con voz súbitamente enronquecida—. Tienes que quedarte aquí. ¿O es que se te ha olvidado que te citaste en esta casa con el reducidor que te va a comprar las joyas?

—Te engañé. Nunca lo cité aquí. ¿Desde cuándo he informado yo a alguien de mis próximos pasos? Siempre he tenido en cuenta un principio elemental. Soy de los que piensan que la mano izquierda no debe saber lo que hace la derecha... Tú se lo recordaste a Cliff, nena, la ambición oscurece los cerebros y ya me di cuenta de que, tarde o temprano, el tuyo también quedaría sin luz.

—Fernando, voy a admitir que cometí un error...

—Bravo, nena, eso te honra mucho.

Marjorie seguía retrocediendo hacia el diván. Sabía que ésa era su única esperanza.

El general tenía una pistola en el bolsillo. No podía consentir que él disparase primero. Tenía que llegar al bolso, sacar la pistola y matar a Romero. Una vez muerto el general, Ray y Luke se pondrían de acuerdo con ella.

—General, prometo serte fiel durante el resto de mi vida...

—Una mujer como tú jamás debe decir eso. No conoces lo que es la fidelidad.

—Ahora será distinto, te lo juro...

—No valen de nada tus juramentos.

Ya había llegado al diván. Se mordió el puño emitiendo un sollozo.

—Estás diciendo cosas horribles, general —dijo y se echó sobre el almohadón apoyando la frente en él, estremeciendo los hombros como si llorase.

Su mano se movió debajo del almohadón, abrió el bolso y atrapó la pistola.

Volvió la cara porque necesitaba mirar al general para dar en el blanco. No, no podía fallar.

—Fernando, eres el único hombre que he querido en mi vida... Lo creas o no, es así...

Romero sacó la pistola del bolsillo.

Marjorie dio un grito y también exhibió el arma.

Sonó un estampido.

Marjorie sintió que le quemaba el pecho una aguja al rojo vivo.

Cayó contra el respaldo del diván y de allí rebotó al suelo. Había soltado la pistola.

La joven se tocó el pecho con las manos y dio un giro al ver sus dedos manchados de sangre.

Oyó pasos y alzó la cara, viendo acercarse al general.

—Nena, esto era necesario... Ya lo ves, si no me doy un poco de prisa, me habrías matado.

—¿Sabías que yo tenía una pistola en el bolso?

—Claro que sí. Un hombre como yo ha de tomar todas las precauciones si quiere seguir viviendo... Deberías saberlo, te lo conté. He sufrido catorce atentados en mi vida... Éste fue el

quinceavo.

—General, esto me ha servido de lección.

—Eso espero.

—Llévame a un hospital.

—No puedo.

—Todavía podrían curarme.

—Tienes la bala en un mal sitio.

—Pero hoy día la cirugía hace milagros... ¿Lo ves? Aún puedo hablar... Pueden sacarme la bala y entonces todo cambiará.

—No, nena. Nadie te va a sacar la bala, nadie te va a curar... Te vas a quedar aquí sola. Irás muriendo poco a poco.

Marjorie pensó que eso tal vez fuese bueno para ella. En cuanto el general se marchase, podría coger el teléfono y pedir auxilio.

El general se apartó.

Marjorie levantó la cara y vio que Romero atrapaba el teléfono y daba un tirón del cable.

—¡Maldito! —gritó la pelirroja.

—Nena, debo pensar en todo, ya te lo he dicho... Quiero que mueras aquí, sola, sin compañía de nadie... Eso te ayudará a pensar un poco en todo lo que pudiste tener conmigo y perdiste por traicionarme.

Se acercó otra vez a Marjorie, la atrapó por la cara y la besó en los labios.

—Marjorie, es muy triste lo que te voy a decir, pero te voy a echar de menos... Creo que tardaré algún tiempo en encontrar una pelirroja como tú.

Marjorie le escupió a la cara.

El general retrocedió como si le hubiesen golpeado con un puño. Se limpió con el dorso de la mano y lanzó una carcajada. Luego, sin decir nada, echó a andar hacia la puerta.

—¡Fernando...! ¡No me abandones...! ¡No quiero que te vayas!

Pero Romero salió de la estancia sin volver la cabeza.

Marjorie cayó de bruces en el suelo, llorando.

Al cabo de un rato, oyó el motor del coche que se alejaba y luego la casa quedó envuelta en el silencio.

Pensó muy aprisa que podría salir de allí, llegar hasta la calle, pedir auxilio. Aún no se daría por vencida. Tenía deseos de vivir.

Pero cada vez respiraba con más dificultad, entrecortadamente,

porque le hacían daño los pulmones.

Alargó la mano y buscó el apoyo de un sillón.

Se irguió lentamente, con mucho trabajo. Estuvo a punto de caer, pero logró enderezarse.

Miró la puerta y le pareció que estaba muy lejos.

Echó a andar temblorosamente. Un paso. Dos. Tenía que conseguirlo.

De pronto, le fallaron las fuerzas y se derrumbó en el suelo.

Su blusa verde se estaba tornando roja muy aprisa y también sus pantalones negros se manchaban con la sangre que salía del agujero de su pecho.

Oyó un ruido en el vestíbulo y miró a la puerta que ahora parecía estar envuelta en una neblina.

Trató de apartarla con la mano, pero la neblina continuaba allí.

Lo vio entrar y lanzó un grito.

—Fernando, has vuelto a por mí... —Se echó a llorar—. Sabía que vendrías... Lo sabía.

El hombre avanzó hacia ella.

—Hola, Georgia.

Aquella voz no era la del general Romero.

—Bruno —dijo Marjorie.

—Sí, soy Bruno Shelby.

—Sácame de aquí, Bruno, aprisa... Llévame a un hospital.

—Sí, te llevaré a un hospital, pero dime antes dónde está el general.

—Se fue.

—¿A dónde?

—No lo sé.

—Necesito encontrarlo.

—Ese miserable disparó contra mí.

Bruno se agachó sobre ella y la tomó por los hombros.

—Georgia, quiero acabar con él. Ya hizo mucho mal en el mundo. Dime dónde fue.

La pelirroja tuvo un acceso de tos y arrojó un chorro de sangre por la boca.

Bruno la tendió en el suelo y le puso un almohadón bajo la cabeza.

—Ya no hace falta que me lleves a ninguna parte, Bruno. Me

estoy muriendo...

—¿Qué me dices del general?

—Sólo hay una persona que quizá sepa dónde está.

—¿Quién?

—Vargas... El agente de Durango... Es un traidor al servicio del general...

—Gracias... Con eso tengo bastante.

—Bruno, perdóname lo que te hice, estuvo mal...

—Ya no tiene importancia.

—Ten cuidado... Ese hombre, el general... puede con todos... Es más astuto que nadie... Lo fue más que Marjorie Georgia Ann... — La pelirroja exhaló por los labios entreabiertos el aire que contenía su pecho y dobló la cabeza. Había muerto.

Bruno tomó la pistola del suelo y caminó hacia la puerta.

CAPÍTULO XII

Elena Durango preguntó:

—¿Cuál es el plan, señor Vargas?

—¿Respecto a qué?

—Al general Romero.

—He preparado un comando para esta noche. Nuestros hombres lo raptarán y lo llevarán a la isla. ¿Está de acuerdo o prefiere que lo matemos en Miami?

—No, es preferible que sea llevado a la isla para juzgarlo legalmente. Mi padre ha dicho muchas veces que no podemos ser como los otros. El asesinato político debe ser desterrado.

—El comando saldrá dentro de media hora de esta casa.

De pronto les llegó una voz desde la puerta.

—Ése comando nunca llegará a tiempo.

—Bruno —exclamó Elena.

El joven entró en la estancia.

—Buenas noches —dijo.

—Bruno, celebro mucho que te hayas arrepentido de ir a California. Quieres luchar con nosotros.

—No, no voy a luchar con vosotros, sino por mi cuenta, pero yo también llegué tarde a la villa de la calle Lunamar. El general se había marchado.

Vargas pegó un puñetazo en la mesa.

—No es posible que se nos escape de las manos cuando Jo teníamos localizado...

—¿Qué va a hacer ahora, Vargas?

—Ordenaré a mis hombres que busquen el rastro del general. Hemos de encontrarlo.

—Quizá entonces bastará con que usted les indique donde deben

ir.

—¿Qué es lo que dice?

—Usted sabe dónde está el general, Vargas.

En la estancia se hizo un silencio.

—Bruno —dijo Elena—. No te entiendo.

—Lo diré más claro, Elena. Vargas está al servicio del general.

Vargas movió la mano hacia la pistola, pero Bruno la sacó antes.

—Cuidado, Vargas... Saque el arma y le meto una bala en las tripas.

—Me ha insultado usted... Ha ofendido mi honor.

—Usted no tiene honor.

—Le haré tragar esas palabras, señor Shelby.

Elena estaba confusa.

—Bruno, ¿estás seguro de lo que dices?

—Claro que no lo está —exclamó Vargas—. Recuérdelo, Elena, este hombre perdió la memoria, está mal de la cabeza.

Bruno habló sin apartar la mirada de Vargas.

—Al llegar a la villa encontré a la pelirroja moribunda. El general la había baleado. Antes de morir me dijo que Vargas estaba al servicio de Romero.

—¿Cómo puede creer a una moribunda? Quizá dijo otro nombre.

—No, señor. Vargas, el nombre que pronunció ella fue el de usted y con eso quedan aclaradas las cosas. Usted quiso acabar conmigo, a pesar de que yo insistía en que no era el general. Sólo gracias a la intervención de Elena se demoró la sentencia...

—La aplacé voluntariamente.

—Usted pensó que no había peligro en dejarme vivir unas cuantas horas... Si precipitaba mi muerte en presencia de la hija de Durango y se comprobaba luego que yo no era el general, usted podría quedar en una situación embarazosa.

—Ha perdido el juicio.

—Todo esto fue el preámbulo, Vargas. Ahora me va a decir dónde está el general.

—No sé una palabra de eso.

En aquel momento se abrió la puerta y Bruno sintió en su espalda la presión de una pistola.

Elena dio un grito.

—Carlos, el señor Shelby es mi amigo. Deja de amenazarlo.

—No, Carlos —habló Vargas—. Y usted, señor Shelby, deje caer su arma al suelo o Carlos lo partirá en dos.

—Puedo disparar contra usted, Vargas —repuso Bruno—. Me lo llevaré por delante.

—Es posible que haga eso, pero luego le tocará morir a otra persona, a Elena.

La joven miró con ojos asombrados a Vargas.

—Entonces, es cierto... Es un traidor. Está al servicio del general.

—Vamos, Bruno, tire esa pistola o ella también morirá...

Bruno abrió la mano y su arma cayó al suelo.

Los ojos de Elena despedían chispas de furia.

—Mi padre depositó su confianza en usted, Vargas... ¿Por qué lo traiciona ahora?

—Debo aclararle algo, Elena. Apenas llegué aquí pasé al bando del general.

—¿Por qué?

—Me dio cinco mil dólares al contado y me está pagando mil al mes.

—Es bochornoso, señor Vargas. ¿Es que ha olvidado sus ideales...? Luchaba por el pueblo. Sufrió persecuciones con mi padre, fue encarcelado con él varias veces...

—Sí, quizá fuese eso lo que me hizo cambiar. Ya me cansé de las cárceles y de que me golpeasen.

—Pero, pero mi padre estaba ahora en el poder. Ustedes son el gobierno.

—¿Por cuánto tiempo? ¿Sabe contestar a eso, Elena? El general dejó el país arruinado. De nada servirán los esfuerzos de su padre. Estamos faltos de todo, de comida, de hospitales, de maquinaria.

—Con mi padre superaremos las dificultades.

—Nos esperan muchos años de hambre, de miseria...

—Pero, al cabo de esos años, nuestro país será próspero y nuestros conciudadanos podrán mirar el futuro con esperanza.

—Son palabras de su padre.

—Pero él tiene razón.

—No, no la tiene, porque su padre es un visionario. Sólo él confía en que podrá levantar nuestro país del hoyo en que lo metieron. Todos los que lo rodean sólo piensan en su propio interés.

—No creo que existan muchos otros como usted.

Bruno se revolvió como una centella.

Contaba con que el llamado Carlos se hubiese distraído con el diálogo entablado entre Elena y Vargas.

Lo atrapó por la muñeca, desviándole la pistola, y le estrelló el puño entre los dos ojos.

Carlos se derrumbó en el suelo.

Vargas sacó un arma.

Bruno atrapó la pistola que se le había caído a Carlos y disparó desde el mismo suelo, en cuclillas, porque ya no tenía tiempo para levantarse.

Vargas fue alcanzado en el estómago y se dobló hacia adelante.

Bruno se levantó y le pegó con el filo de la pistola en la muñeca, desarmándolo.

Vargas se tambaleó. Rozó un sillón, pero cayó de rodillas antes de que se pudiese sentar.

Se oyeron pasos precipitados por el corredor y Bruno apuntó a la puerta.

Los dos hombres que aparecieron en el hueco traían armas en la mano con ánimo de disparar.

Bruno hizo fuego.

Los dos individuos al servicio de Vargas se derrumbaron en el corredor. Sólo uno de ellos logró disparar pero su bala picoteó en el techo.

Luego se hizo un silencio en la casa.

—Hemos de marcharnos —dijo Elena—. Se habrán oído los estampidos.

—Sí, es posible, pero no toda la gente quiere meterse en líos.

Bruno se acercó a Vargas, que lo miraba con ojos inyectados en sangre.

—Vargas, ¿dónde fue el general?

—Váyase al infierno.

—Va a morir. Elena le recordaba hace un instante que durante una época de su vida luchó por unos ideales. Luego los bastardeó, pero ahora puede hacer algo por su pueblo, por su compañero de lucha, el señor Durango...

Sonó el timbre de la puerta.

—Ray —dijo el general Romero—. Debe de ser la persona que estoy esperando.

Ray fue a la puerta y abrió.

—Es una mujer.

Romero se levantó sorprendido.

Una mujer entró en la estancia. Estaba por los treinta años y era esbelta, rubia, de cara sensitiva, ojos verdosos, rasgados.

—¿Qué quiere? —preguntó el general.

Ray tenía ya en la mano la pistola y cerró la puerta.

Luke estaba al fondo de la estancia, con un vaso de *whisky*. Dejó éste sobre el mueble bar y también atrapó el arma.

La rubia avanzó hacia el general Romero.

—Yo soy la persona que esperaba.

—Convénzame.

La mujer colocó el bolso sobre la mesa y se dispuso a abrirlo.

—Cuidado, señorita, si lo que tiene ahí es un arma, será mejor que la deje donde está. Mis hombres la están apuntando.

Ella miró a Ray y a Luke y los vio con la pistola en la mano. Sonrió al general.

—Sé que es usted un hombre que adopta toda clase de precauciones, señor Romero...

Abrió el bolso y sacó medio billete de cien dólares que alargó al general. Éste tomó el medio billete, sacó otra mitad del bolsillo y los unió.

—Sí; ahora estoy convencido... Pero nunca pensé que me enviarían una mujer para hacer el trato especialmente una mujer tan encantadora como usted.

—Gracias, general, es usted muy amable. ¿Tiene las joyas?

—Sí. ¿Trajo el dinero?

—Nosotros también tomamos precauciones, general. Espero que no se sienta ofendido por eso.

—No se preocupe, no me siento ofendido...

—¿Puedo hacer una llamada por teléfono?

—Sí, claro.

La rubia se acercó a la mesa, tomó el auricular y marcó un número.

—Soy Judith —dijo por el micro—. Todo está en orden... De

acuerdo. —Colgó y se enfrentó con el general—. El emisario con el dinero llegará dentro de quince minutos. Entretanto, ¿me puede enseñar usted las joyas?

Romero hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

Hizo una señal a Luke, el cual abrió el mueble bar y sacó una maleta que depositó en la mesa.

El general metió una llave en la cerradura de la maleta y la abrió.

Ante los ojos de Judith aparecieron las joyas.

—General, es un hermoso tesoro. Hizo el negocio más grande de su vida confiscando las joyas a las familias de los terratenientes de su país. Pero creo que esas confiscaciones las hacía en nombre del Estado...

—El estado era yo.

—Oh, sí, usted parodió una frase histórica muy famosa.

—¿Por qué no dejamos este tema?

—Como usted quiera, general.

—Sentémonos en el diván... ¿Qué quiere tomar?

—Un *whisky*.

Somero hizo una señal a Luke, el cual escanció en dos vasos.

—¿Por quién brindamos, general? —preguntó Judith alzando su vaso.

—Por su belleza.

—Muy amable.

Los dos bebieron y luego Romero preguntó:

—¿Casada?

—No.

—Estoy seguro de que habrá rechazado buenas ofertas.

—Sí, general, pero nunca me quise doblegar al yugo del matrimonio. He querido ser libre y lo seré mientras viva.

—Entonces usted es la mujer ideal. Resulta penoso relacionarse con una mujer que constantemente está recordando el matrimonio.

—Nunca me ha gustado aburrir a mi interlocutor.

—¿Lleva mucho tiempo al servicio del hombre que representa?

—Sólo un año. Durante ese tiempo me he relacionado con muchos personajes como usted, fugitivos de algún país, que lograron salvar consigo las joyas de la familia o las de otros...

—Una profesión un poco peligrosa... ¿No te parece, Judith?

—Es posible que lo sea, pero mi patrón me paga un buen porcentaje. Además, mi trabajo me ofrece la oportunidad de conocer a personalidades muy interesantes... Por ejemplo, ahora he conocido a la más interesante de todas.

—Gracias.

—Lo he visto en el cine, en fotografías de los diarios... Siempre deseeé conocerle personalmente.

—¿Qué opina ahora que me conoce?

—Me ha sorprendido un poco.

—¿En qué sentido, Judith?

—Resulta mucho más atractivo personalmente.

—Judith, se me está ocurriendo una idea.

—¿Sí?

—¿Por qué no deja a su patrón y se viene conmigo?

—¿A dónde?

—Voy a viajar a Honolulu. Pasaré allí una temporada.

—¿No lleva compañía femenina?

—La mujer que viajaba conmigo presentó su dimisión. El cargo está vacante.

—Su oferta es muy sugestiva, general.

—Demuéstrelo contestando que me acompañará.

—Tendrá que darme un poco de tiempo para pensarlo.

—Lo siento, pero, en cuanto hayamos terminado esta operación, saldré para Los Ángeles. El avión en que he de viajar está esperando.

—Entonces sólo tengo unos minutos para decidir.

—Sí, Judith.

En aquel momento los faros de un coche alumbraron la ventana.

Luke se movió hacia allí.

—¿Quién es? —preguntó el general.

Luke se había acercado a la ventana y miró fuera.

—Se ha detenido un coche a la puerta. Sale un hombre con un maletín.

—¿Hay alguien más?

—Sólo él, general.

Judith sonrió diciendo:

—Luke, compruebe que el hombre que va entrar tiene cuarenta y cinco años, es bajo, rechoncho, viste traje tropical color gris

plomo y su corbata tiene el dibujo de una palmera.

—Sí, es el mismo.

—Con su permiso, yo le abriré.

—No es necesario que se moleste, Judith —opuso el general—. Ray abrirá por usted.

Ray abrió la puerta y entró el hombre del traje tropical gris plomo.

—Pasa, Ernest —dijo Judith.

El llamado Ernest miró con recelo a Ray, que continuaba con la pistola en la mano.

El general dijo:

—Guarda el arma, Ray. Y tú también, Luke. Somos todos amigos.

Luke seguía mirando por la ventana.

—¿Alguna novedad, Luke?

—Hasta ahora no veo a nadie más.

—Abra esa maleta —dijo el general—. Yo también comprobaré que ha traído el dinero.

Ernest despasó las correas y manejó una llave.

La maleta quedó abierta mostrando en su interior grandes fajos de billetes.

El general alargó la mano y tomó uno de los fajos.

—¿Es que no tiene bastante con verlos, general? —inquirió Judith.

—No, no tengo bastante. He de comprobarlo.

—¿Quiere decir que va a contar los billetes uno a uno?

—No. Sólo veré algunos fajos.

Arrojó al interior de la maleta el fajo que había atrapado y tomó otro de más abajo. Le quitó la goma y observó unos cuantos billetes. Be pronto, tiró el fajo al aire.

Una lluvia de dinero cayó sobre Judith, Ernest y el general.

—¿Qué ha hecho, señor Romero? —preguntó Judith.

Luke y Ray ya tenían otra vez la pistola en la mano.

—Son ustedes una pareja de estúpidos.

—¿Qué le pasa, general?

—Casi todos los billetes del fajo que acabo de tirar son falsos.

—Indudablemente, nos quiere gastar una broma, general.

—No, los de la broma son ustedes, y les aseguro que es

demasiado pesada para que yo la pueda soportar.

Judith miró a Ernest.

—¿Qué tienes que responder a esa acusación?

Ernest estaba confuso.

—No lo comprendo... Estos billetes tenían que ser buenos... Horace no puede hacer una cosa así.

—Sin embargo, la hizo —dijo el general—. Apuesto a que aquí no hay más de cien mil dólares buenos. Todo lo demás es falso. —Pegó un manotazo a la maleta, la cual se volcó desparramando su contenido en el suelo.

De pronto se abrió la puerta y entró un hombre portando una metralleta.

Luke y Ray se volvieron para disparar, pero el de la metralleta soltó una ráfaga.

Luke y Ray se derrumbaron sin emitir un solo gemido porque habían recibido mucho plomo.

El general Romero había movido la mano para sacar la pistola, pero la dejó quieta al ver que sus dos hombres estaban muertos.

El fulano de la metralleta era alto, de cabello negro, nariz aguilena y tenía el mentón hendido.

Cerró la puerta con el pie y avanzó hacia la mesa.

Judith le salió al encuentro.

—Tardaste mucho, Horace. El general descubrió la superchería.

Romero llevó aire a sus pulmones. Debía serenarse. Había pasado por momentos difíciles en su vida y siempre logró superarlos. No, nunca consintió que lo engañasen. Los que lo habían hecho terminaron en el cementerio.

Horace apartó a Judith y miró al general sonriendo.

—¿Cómo está, general?

—Esto no fue lo acordado, Horace. Puede comprobarlo. En esta maleta traje joyas por valor de más de dos millones y usted sólo iba a pagar un millón.

—General, robó demasiado en su país, debió conformarse con lo que tenía y con los ciento veinte mil dólares buenos que le incluí en la maleta.

—¿Me habría dejado marchar con ellos?

—Claro que sí; yo hacía el gran negocio con un desembolso de sólo ciento veinte mil dólares.

—Entonces, me iré con ese dinero.

—Ya no, general. Es demasiado tarde.

—¿Por qué ha de serlo?

—Usted tiene unos cuantos millones y no puede consentir que nosotros vivamos después de haberle engañado... Lo leo en sus ojos... Nos aborrece... Quisiera vernos muertos.

—¿Qué va a hacer, Horace?

—Matarlo.

—Cometerá un asesinato.

—Sí, pero nadie me lo achacará. Kay mucha gente en Florida que está deseando liquidarlo. Su muerte la cargarán a algún grupo de exaltados patriotas.

—Oiga, Horace, no hace falta que lleve esto más lejos. Le decía hace un instante a Judith que me estaba esperando un avión para llevarme a las islas Hawai. Eso sigue siendo verdad.

—No hay nada que hacer, general.

—Oiga, tengo mucho dinero en el Banco, unos cuantos millones, usted mismo lo dijo antes. Estoy dispuesto a considerar esto como un secuestro, y, por lo tanto, a pagar un precio de rescate.

—Eso resulta demasiado complicado para mí. Sé que ese dinero lo tiene en un Banco y tendríamos que hacer muchas operaciones. En ese intervalo, a usted se le ocurriría algo para salir del apuro... He seguido su vida, general, y sé que es un tipo que siempre termina por desembarazarse de sus enemigos... Yo no soy muy ambicioso, me conformo con las joyas y con los ciento veinte mil dólares que usted no ha querido aceptar... Ande, póngase junto a la pared... Lo mataré como usted mató a mucha gente. Junto a un paredón.

—¿Por qué así?

—Yo tenía un amigo que luchó en favor de sus rivales. Ustedes lo hicieron prisionero y lo fusilaron. Se llamaba Jimmy Nolan y nació en la misma calle que yo.

—Ya comprendo por qué me quiere matar.

—Vamos, general, retroceda.

—Está bien —dijo Romero y empezó a retroceder hacia la pared. Cuando llegó allí se volvió.

—Un momento. Horace.

—¿Qué quiere?

—Quisiera que me vendase los ojos.

—¿Tiene tanto miedo, general?

—He visto fusilar a mucha gente y siempre pensé que, si alguna vez tenía que acabar de esa forma, no podría ver al pelotón enfrente.

—Anda, Ernest, véndale los ojos —dijo Horace.

Ernest sacó un pañuelo y echó a andar hacia Romero.

Cometió un error.

Se cruzó entre el general y Horace.

Romero dio un salto y apagó la luz, arrojándose al suelo.

Horace apretó el disparador, enviando una ráfaga de plomo hacia la parte donde estaba el general.

CAPÍTULO XIII

Un aullido rasgó la atmósfera.

Luego, del lado contrario del salón, brotó un fogonazo.

Horace se tambaleó. Quiso volverse, pero otra bala lo alcanzó en el hígado y eso lo hizo caer.

Se abrió la puerta y un hombre entró cerrando a continuación.

—¿Está ahí, general?

Fernando Romero se echó a reír.

—Eh, yo conozco esa voz. Usted es Bruno Shelby.

—Premio, general.

—Tiene tantas vidas como un gato, Bruno.

—Más o menos, igual que usted.

—Sí, es cierto, muchas personas han intentado matarme, pero ninguna ha podido conmigo.

—Yo podré, general.

Bruno se arrastraba por el suelo.

El general hablaba con voz hueca.

Los dos perseguían lo mismo. No ser localizados por el otro.

—Eh, Bruno, usted y yo no debemos luchar... Ha demostrado ser un muchacho con lo que hay que tener.

—¿Es una oferta, general?

—Desde luego. Quiero que venga conmigo a Honolulu.

—Usted lo hizo imposible, general.

—¿Por qué?

—Nos parecemos demasiado, la gente se confundiría constantemente con nosotros.

—Eso haría más divertida nuestra compañía. Imagine que yo conquisto a una mujer y que se encuentra con usted...

—Sí, sería la mar de emocionante.

—Yo siempre he tenido buen gusto para ellas, Bruno, y espero que usted también sea un hombre de clase selecta. Elíjalas esbeltas, cabello rojo, cintura estrecha y anchas caderas.

Bruno tropezó en aquel momento con unas caderas y le parecieron anchas.

La mujer dio un grito.

La bala silbó por encima de la cabeza de Bruno.

Brotó un fogonazo del rincón opuesto de la estancia.

El joven disparó tres veces, una a la derecha, dos a la izquierda, pero nunca al lugar de donde había brotado el fogonazo.

El último proyectil fue el bueno. El general Romero lanzó un rugido.

Bruno corrió rápidamente hacia allí.

A la luz que llegaba de la ventana vio al general que trataba de erguirse. Le pegó un patadón en la mano armada y la pistola voló por el aire.

En aquel momento se abrió la puerta y la mujer con la que Bruno había tropezado, la rubia Judith, escapó de la casa porque indudablemente no quería jaleos con la policía.

El general mostraba en el cuello un agujero por donde burbujeaba la sangre.

—General —dijo Bruno—. Esto ocurrió porque lo quiso usted.

El general hizo un movimiento casi imperceptible con la cabeza, que Bruno no supo comprender. Quizá afirmaba.

Romero soltó un gemido y se venció, muerto.

Se oyó un taconeo en el porche.

Elena entró en la estancia y corrió hacia Bruno.

—Gracias al cielo que estás vivo —murmuró—. Ya avisé a la policía, llegarán de un momento a otro.

Bruno señaló la mesa donde estaba la valija con las joyas.

—Ahí tienes eso para tu padre... Y creo que tampoco le será difícil recuperar los millones que el general tenía en algún Banco.

—Mi padre sabe cuál es y hará las diligencias oportunas. Supongo que se los darán.

Guardaron silencio.

—Bruno, se me está ocurriendo una idea, ¿por qué no vienes conmigo a mi país?

—No, nena. Eso no lo haría por nada del mundo.

—¿Por qué no?

—Vosotros tenéis la sangre demasiado caliente... Quizá sea debido al clima. Os hierva con facilidad... Prefiero California.

—Yo también prefiero California.

Bruno besó en la boca a la mujer que lo acompañaría a la costa del Pacífico.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).